

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

(Año 2010)

Pastor José M. Martínez
Dr. Pablo Martínez Vila

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

Una colección de los «Temas del mes» del año 2010
del website «Pensamiento Cristiano»

José M. Martínez, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con el website titulado «Pensamiento Cristiano».

El Dr. **Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. También fue presidente de la Alianza Evangélica Española durante 10 años (1999-2009), y actualmente es vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

Pensamiento Cristiano es un website de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Website: <http://www.pensamientocristiano.com>

Los **libros** de José M. Martínez y Pablo Martínez Vila se pueden obtener en la **Tienda Online** de **Pensamiento Cristiano** en la dirección <http://tienda.pensamientocristiano.com>.

Índice

Enero 2010 – Años contados, camino sin retorno.....	3
Febrero 2010 – Ser antes que hacer (I).....	6
Marzo 2010 – Ser antes que hacer (II).....	10
Abril 2010 – Desde el púlpito de la cruz.....	14
Mayo 2010 – Ser antes que hacer (III).....	17
Junio 2010 – Jesucristo el buen pastor.....	21
Julio/Agosto 2010 - ¿Qué es el hombre?.....	24
Septiembre 2010 – Ser cristiano, ¿de qué me sirve? (I).....	28
Octubre 2010 – Ser cristiano, ¿de qué me sirve? (II).....	33
Noviembre 2010 – Transformando el enojo en paz (I).....	37
Diciembre 2010 – La Navidad, un cántico de salvación.....	41
Libros de José M. Martínez.....	44
Libros del Dr. Pablo Martínez Vila.....	44
Folletos de José M. Martínez.....	44

Copyright © 2010, Pastor José M. Martínez, Dr. Pablo Martínez Vila y Job 't Hart

Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los artículos que salen en este documento, citando siempre el nombre del autor y la procedencia (<http://www.pensamientocristiano.com>)

Años contados, camino sin retorno

*«Los años contados vendrán, y yo iré por el camino de donde no volveré»
(Job 16:22)*

El inicio de un año nuevo es un momento adecuado para reflexionar sobre el sentido de nuestra vida. Las palabras de Job pueden ayudarnos en esta reflexión por cuanto expresan una verdad tan solemne como irrefutable: todo ser humano está sujeto al fin que tanto nos arredra. El paso del tiempo nos enfrenta con el significado más profundo de la existencia.

Veamos algunas de las realidades del curso de nuestra vida:

Llevados por la corriente del tiempo

Agustín de Hipona decía acerca del tiempo: «Cuando no me preguntan qué es, lo sé; cuando me lo preguntan, no lo sé». Probablemente tenía razón. Desde el punto de vista objetivo, el tiempo es una sucesión de horas, días, meses, años... Subjetivamente es un contenedor en el que se acumulan infinidad de recuerdos y experiencias, de anhelos y esfuerzos. De ahí que la medición cronológica del tiempo no se corresponda con la impresión que produce en nosotros. Una hora de placer intenso puede parecernos un segundo, mientras que una hora de sufrimiento nos parece un año. De ahí la tremenda importancia del modo como usamos uno de los más preciados dones de Dios. Es incomprensible que algunas personas hablen de «matar» el tiempo.

El concepto más enriquecedor del término «tiempo» lo encontramos en el vocablo griego «*kairós*», usado en la versión original del Nuevo Testamento. Su significado es el de momento adecuado, oportunidad idónea. Con ese sentido lo hallamos en varios textos del NT. He aquí algunos ejemplos:

*«El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado» (Mr. 1:15)
«Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir.» (Mt. 25:13)*

Este concepto tiene una implicación hermosa para los creyentes que es a la vez un privilegio y un deber: necesitamos estar alerta para reconocer lo que el tiempo-*kairós* puede depararnos en cuanto a oportunidades de servicio cristiano, y de nuestra relación con Dios. En este sentido hemos de tener en cuenta que el plan del Señor puede sernos mostrado de dos modos muy diferenciados: como pasión y como acción. Es como si el tiempo se nos presentara revestido de dos colores. Unas veces, el color de la pasión, es decir, de la prueba. Otras veces, de la acción. Dicho de otro modo, en nuestra vida hay tiempo para sufrir y tiempo para trabajar en el servicio del Señor; todo, en el fondo, fuente de bendición.

Muchas personas perciben el paso del tiempo como algo tan veloz que lo comparan a un caballo desbocado. A la luz de esta ilustración, podemos tener dos actitudes posibles hacia el tiempo:

Una actitud pasiva

El tiempo cabalga sobre nosotros. Ello nos lleva a aguantar lo que nos traiga el paso de los días y los años en una postura más propia del estoicismo que de la enseñanza bíblica. Con esta actitud no somos nosotros quienes administramos y controlamos el tiempo -ver Efesios 5:16- sino que devenimos simples caballos llevados por el caprichoso jinete del tiempo.

Una actitud activa

Nosotros cabalgamos sobre el tiempo. El jinete que lleva las riendas soy yo, buscando siempre el camino -el trayecto existencial- que Dios me va enseñando. De este modo procuro que mi vida se haga productiva en todos los órdenes; que en cada periodo se vaya cumpliendo lo planeado por Dios de acuerdo con Efesios 2:10: «...creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas». En este sentido nos sirve de ejemplo lo dicho por Jesús en su oración intercesoria: «He llevado a término la obra que me diste que hiciera» (Jn. 17:4). ¿Podremos decir lo mismo cada uno de nosotros? Que Dios nos ayude a ser buenos jinetes de nuestro tiempo en este año nuevo.

La limitación de nuestro tiempo en la tierra

«Los años contados vendrán...». Todos nuestros años en esta tierra están determinados por Dios y nadie aparte de él puede alargar su curso. Asimismo nadie ni nada puede acortarlo. Ninguna enfermedad, ningún accidente, ninguna agresión. El creyente, confiando en la soberanía amorosa de Dios, alza sus ojos al cielo y dice: «En tu mano están mis tiempos» (Sal. 31:15). Es cierto que nadie puede librarnos de la muerte (He. 9:27); pero Dios puede regular -y regula- todas las circunstancias de la vida humana y de su partida. Es de sabios reflexionar con serenidad en torno a las cuestiones de la vida y del «más allá». Platón decía que «la filosofía es una meditación sobre la muerte»; pero deberíamos añadir: «y sobre la vida».

Situémonos imaginariamente en esa hora final que nos espera y hagamos repaso de nuestra vida en el pasado. Cada uno de nosotros debe autoexaminarse y preguntarse con honestidad por su calidad como esposo o esposa, como padre o madre, como compañero en el seno de la sociedad, como miembro de una iglesia. A nivel cristiano, ¿cómo he vivido mi fe, con qué criterios morales? ¿A cuántos de mis hermanos he hecho bien, con mis palabras o con mis actos? ¿En qué forma de servicio me he ocupado? ¿A cuántas personas he guiado a Cristo? ¿He sido siervo bueno y fiel o malo y negligente?

Las consideraciones precedentes necesariamente nos conducen a la sobriedad en la estimación de nuestros logros y éxitos en la vida. Llegamos a la conclusión de que todos los bienes materiales, todos los títulos, todas las posiciones de honor, todos los placeres, todos los triunfos en nuestra carrera o profesión, todas las alabanzas humanas son como un sueño que se desvanece, vanidad de vanidades, por cuanto «nada hemos traído a este mundo y nada podremos llevarnos» (1 Ti. 6:7).

En cambio, el recuerdo de una vida de fe y amor –a semejanza de Jesús quien «anduvo haciendo bienes» (Hch. 10:38)- nos es fuente de satisfacción profunda en esta vida temporal y también en la vida eterna. Es un anticipo de la experiencia gloriosa al otro

lado de la muerte. Por eso son «bienaventurados los que mueren en el Señor porque sus obras con ellos siguen» (Ap. 14:13).

En resumen, hay una sola pregunta decisiva: En este mundo ¿estoy viviendo para Dios y haciendo bienes a quienes me rodean o vivo egoístamente para mí mismo, usando lo mucho que Dios me ha dado para mi propio disfrute y ensalzamiento?

Camino sin retorno

*«Pronto emprenderé el viaje por el camino de donde ya no volveré»
(Job 16:22 – Nueva Biblia Española)*

Para la persona materialista y para el nihilista este viaje termina en el nicho o en polvo de ceniza. Tal era la idea del actor español Fernando Fernán Gómez en su libro *Viaje a ninguna parte* cuando escribía con rotundidad que «la vida es un viaje a la nada». Otros esperan alguna forma de supervivencia del alma en una reencarnación misteriosa tal como enseñan algunas religiones orientales. El cristiano, sin embargo, no cree en una mera inmortalidad del alma sino en la resurrección de toda la persona, incluido el cuerpo. Tiene la fe -«certeza de lo que se espera» (He. 11:1)- de que este viaje le lleva a «la casa del Padre» donde Cristo ha ido ya a preparar lugar (Jn. 14:1-3). Estaremos en el cielo juntamente con Cristo porque Cristo ha resucitado y con el mismo poder de su resurrección nos levantará a nosotros de entre los muertos (2 Co. 4:14).

A modo de conclusión hago mías estas hermosas palabras:

*«A lo largo del río del tiempo
Nos deslizamos sobre su corriente imparable;
Mas pronto, muy pronto, veremos el fin.
Entonces flotaremos sobre el mar de la eternidad»*

«Los años contados vendrán, y iré por el camino de donde no volveré» (Job 16:22).

Y yo añado con gozo: «ni querré volver, porque estar con Cristo es mucho, muchísimo mejor» (Fil. 1:23).

José M. Martínez

Ser antes que hacer (I)

Buscando las prioridades de la vida

«Hizo de su vida el mejor de sus libros»

Esta frase, que alguien dijo del filósofo judío cristiano Emmanuel Levinas cuando murió, me causó un notable impacto. Pensaba en mi propia vida. ¿Puede haber mejor resumen y elogio? Me hizo reflexionar sobre un principio bíblico muy importante para el creyente: *lo más importante en esta vida no es hacer, sino ser.*

Sí, el ser antecede al hacer. Para Dios es más importante el cómo somos que lo que hacemos. El hacer tiene su valor, pero siempre que sea resultado de un corazón –un ser– limpio. Esta idea queda clara en las palabras de Dios a Samuel cuando escogió a David para ser rey: ¿Cuál fue la instrucción básica que le dio al profeta? «No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura... porque Dios no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Dios mira el corazón» (1 S. 16:7). ¿Qué era lo fundamental a la hora de buscar al hombre idóneo para dirigir al pueblo? La respuesta no deja lugar a dudas: «no mires... mira...». Para Dios había algo que evitar y algo que buscar: evitar lo externo, lo aparente porque es secundario, buscar lo que hay dentro, el corazón, **el ser**, porque desde siempre «Dios escudriña la mente y el corazón» (Jer. 11:20).

A simple vista parece que todos coincidimos, tanto creyentes como no creyentes, en este principio: la valía de un ser humano no depende tanto del hacer como del ser. El escritor Oscar Wilde, por ejemplo, dijo: «La obra de uno es uno mismo». Pero, ¿estamos hablando de lo mismo? Cuáles son las ideas del mundo al hablar del *ser*. Ser, ¿qué? Al ponerle «nombre y apellido» es donde las posturas divergen profundamente y necesitamos entender lo que piensa la sociedad de nuestros días sobre este tema porque se aleja claramente de la enseñanza bíblica.

Caminos sin salida: las opciones seculares

Estas opciones se le presentan al creyente como caminos atractivos de entrada, pero que, en último término, no llevan a ninguna parte más que a la frustración, al sentido de absurdidad tan bien descrito en el libro del Eclesiastés. Por ello los llamamos caminos vacíos, sin salida. El peligro radica en su atractivo inicial que seduce. Seducen porque halagan al ego con unas propuestas de autorrealización y de libertad que deslumbran al corazón humano, ávido de gloria y de autosuficiencia. En este sentido son tentaciones que nos pueden extraviar del buen camino, del auténtico sentido bíblico del ser.

No olvidemos cómo entró el pecado en el mundo; la promesa fue «seréis como Dios» (Gn. 3:5). El diablo apela precisamente a la tentación del «llegar a ser» para seducir –engañar– a Adán y Eva. No estamos por tanto ante un tema trivial, sino -nada más y nada menos– que ante la misma tentación por la que entró el pecado en la tierra. Así pues, cuidado con las ofertas del ser que provienen del mundo porque son instrumento favorito del maligno para apartar al hombre de su Creador, para extraviar al creyente y a la Iglesia del propósito esencial del Evangelio: la opción de «ser nuevas criaturas en Cristo» (2 Co. 5:17), como consideraremos en la última parte de esta serie.

¿Cuáles son estos caminos seductores que ofrece la sociedad hoy? Hemos escogido los tres que nos han parecido más relevantes, aunque puede haber otros.

- ◆ La opción humanista: «seréis como Dios» (Gn. 3:5)
- ◆ La opción autonomista: «somos libres» (Jer. 2:31)
- ◆ La opción materialista: «soy rico y de ninguna cosa tengo necesidad» (Ap. 3:17)

La opción humanista: «seréis como Dios» (Gn. 3:5)

Esta opción, muy en boga en nuestros días, puede presentar diferentes formas, cada una de las cuales refleja distintos énfasis. Veámoslas:

La autoglorificación: ser famoso-ser admirado

El deseo de hacerse un nombre y «que todos me recuerden y hablen de mí» es muy antiguo. Lo encontramos ya descrito en el libro de Génesis cuando los hombres deciden construir la torre de Babel con un propósito tan claro como reprobable: «Edifiquémonos una ciudad y una torre... y hagámonos un nombre» (Gn. 11:4). No es de extrañar que semejante motivación enojara a Dios, quien «confundió el lenguaje de toda la tierra y desde allí los esparció» (Gn. 11:9). Es cierto, sin embargo, que este culto al yo se ha agravado desde fines del siglo XX hasta convertirse hoy en una verdadera religión, en parte por la influencia de las llamadas psicologías humanistas (Karl Rogers, A. Maslow, Eric Fromm, entre otros) que parten de una premisa teórica tan halagadora para el ego como equivocada a ojos de Dios: el ser humano es poco menos que omnipotente. Por ello, la aspiración a *llegar a ser grande, famoso* es muy coherente con esta filosofía.

Esta tentación no es exclusiva de gobernantes que ostentan un poder colosal y se hacen construir estatuas o mausoleos para perpetuar su nombre. No hay que ser un Lenin, un Bokassa o alguno de los megalómanos de la Historia. Alguien tan sencillo como Salieri, el músico contemporáneo y rival de Mozart nos ha dejado un notable ejemplo del poder de seducción de la vanidad. En la película *Amadeus* se cita esta oración atribuida a Salieri: «Señor hazme un gran compositor. Permíteme celebrar tu gloria a través de la música y celebrarme a mí mismo. Hazme famoso en todo el mundo, hazme inmortal. Después que yo muera, permite que la gente pronuncie mi nombre por siempre con amor gracias a lo que he compuesto».

Otro ejemplo bien cercano. Llama poderosamente la atención un hecho: las profesiones más deseadas hoy por los niños «cuando sean mayores» son: futbolistas, actores, actrices, cantantes, modelos etc. Hace sólo 30 años la respuesta era bien diferente: médicos, ingenieros, bomberos, enfermeras, maestros. ¿Qué revela este cambio tan profundo y significativo? Los valores ahora no vienen motivados por un interés –solidaridad– social, sino por el simple deseo narcisista de triunfar y llegar a ser famoso. ¿Cómo se explica, si no, el éxito arrollador de programas televisivos como «Operación triunfo»? Es el espejo –el sueño– en el que se miran miles de jóvenes cuya meta en la vida es triunfar y triunfar es ser famoso.

La autorrealización: «busca para ti grandezas»

Esta variante de la opción humanista es, de hecho, la continuidad de la anterior. Si

quieres ser grande, tienes que hacer algo grande. Por ello su oferta es un desafío a desarrollar al máximo tu potencial porque este es el camino para ser feliz. Su planteamiento resumido sería: «tú tienes una energía interior extraordinaria; piensa algo grande, un sueño, y desarróllalo; tú puedes hacer todo lo que te propongas; no hay límites para tu capacidad».

¿Acaso hay algo malo en esta ambición? Nos recuerda incluso un principio bíblico pues, como dijo el salmista, «el hombre es poco menor que los ángeles y lo coronaste de gloria y de honra; lo hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies» (Sal. 8:5-6). No olvidemos que el diablo reviste cada una de estas tentaciones con una apariencia de licitud moral, hasta se apoya en textos de la Biblia – citados fuera de contexto– tal como hizo al tentar al Señor. Por ello decíamos antes que podían deslumbrar y seducir. En realidad, mucho del lenguaje de las filosofías más populares hoy (Nueva Era, las nuevas espiritualidades, etc.) tiene ecos cristianos que pueden inducir a confusión.

¿Qué hay de malo en la autorrealización? Existe una forma de auto-realizarse que es bíblica. Cuando Dios pone a Adán y Eva en el Edén les da un mandato para trabajar y desarrollar al máximo su creatividad, sus talentos y sus dones. En un mundo sin pecado el trabajo era al mismo tiempo una fuente de satisfacción personal y glorificaba a Dios. El apóstol Pablo entendió muy bien esta forma legítima de autorrealización con una frase memorable: «Para mí el vivir es Cristo» (Fil. 1:21). El creyente viene a decir como Juan el Bautista: «Es necesario que yo mengüe para que Él crezca» (Jn. 3:30). En cambio cuando la autorrealización busca primero engrandecer el ego olvidándose de cualquier referencia al Creador se convierte en un pecado. Recordemos bien la amonestación de Jeremías a su secretario Baruc: «¿buscas para ti grandezas? No las busques» (Jer. 45:5).

Cada uno de estos caminos tiene *consecuencias*. La opción humanista, en sus dos formas, suele llevar a un **activismo** desenfrenado ¡Significativa paradoja! Cuando la preocupación por el ser se centra en el «yo», lleva a un hacer frenético. Pero no es tan sorprendente. Tiene su lógica. Si uno vive prioritariamente para construir su torre, para hacerse un nombre y busca grandezas para sí, acaba viviendo de forma muy ajetreada. ¿Por qué? La respuesta bíblica es clara: porque nunca tiene suficiente, es devorado por **la codicia**, la ambición aparece como una *sed insaciable* que no encuentra límites. Qué interesante la correlación que el salmista traza en el Salmo 127 entre la casa edificada sin Dios y el ritmo de vida enloquecido: «si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican... por demás es que os levantéis de madrugada, y vayáis tarde a reposar; y que comáis pan de dolores...» (Sal. 127:1-2). Es un diagnóstico preciso de la enfermedad de nuestro mundo occidental. Muchas personas hoy no viven, simplemente *hacen*, están tan ocupadas que no tienen tiempo para vivir. Este estilo de vida, a la larga, les resultará vacío y frustrante porque prescinde de Dios, el arquitecto del edificio.

Ello explica que asistamos hoy a una inversión diabólica del orden bíblico: muchas personas no trabajan para vivir, sino que viven para trabajar. Cierto que en algunos casos ello se hace por necesidad, para aliviar severas penurias económicas. Por desgracia, en un mundo tan materialista y competitivo muchos tienen que mal vivir para sobrevivir. Pero en no pocos casos, el activismo con sus consecuencias como el estrés, la ansiedad etc. es la factura de una ambición desmesurada y centrada en el yo. Los biógrafos dicen del escritor francés Marcel Proust que en los últimos años de su vida «no vivió, sólo escribió». Nada más lejos de mi intención que juzgar las motivaciones o la ambición del gran escritor

francés. Pero nos sirve como recordatorio de que uno puede estar tan absorbido con lo que hace, con la construcción de su torre, que acaba produciendo una metamorfosis lamentable en la vida: sustituye el ser por el hacer.

Unas palabras de confesión y autocrítica aquí. Los creyentes no estamos del todo libres de este pecado. ¿Cuántos de nuestros esfuerzos tienen por meta, aun sin darnos cuenta, labrarse un nombre, mejorar la autoestima, conseguir el aplauso y el reconocimiento de los demás? ¡Cuidado con las motivaciones! Las palabras del Señor en Hageo «sembráis mucho, recogéis poco... medita bien en vuestros caminos» (Hag. 1:6) siguen teniendo actualidad para nosotros como pueblo de Dios.

Dr. Pablo Martínez Vila

Ser antes que hacer (II)

Buscando las prioridades de la vida

Concluíamos el anterior artículo considerando el primero de los caminos seductores que la sociedad ofrece hoy: **La opción humanista, «seréis como Dios»**. Vimos cómo la autoglorificación —el deseo de ser famoso y admirado— y la autorrealización —el buscar grandezas para uno mismo— constituyen la prioridad en la vida de muchas personas.

Hay otros dos caminos sin salida.

La opción autonomista: «somos libres» (Jer. 2:31)

Este camino también se nos aparece como muy atractivo. Su lema sería «sé libre, sé tú mismo, sé feliz». ¿A quien no le gusta sentirse así? Su poder de seducción está atrayendo —y arruinando— a miles de personas y familias. Nos presenta la independencia como la fuente de suprema felicidad. «Descubre tu propio camino y no dependas de nadie»; «mejor solo y tranquilo que acompañado con problemas». De nuevo, ¿no hay aquí un grano de verdad? ¿Dónde está el problema moral de esta opción? La asociación de la felicidad con la independencia es el argumento favorito del diablo. Así engañó a Eva y Adán haciéndoles creer que separados de Dios estarían mejor, serían promovidos a un estado de felicidad superior: «serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal» (Gn. 3:5).

Esta forma de ser también tiene una consecuencia: el **rechazo del compromiso**. Existe hoy una especie de «alergia» a cualquier situación que requiera compromiso. De ahí el aumento espectacular del número de personas que viven solas sin deseos de formar una familia o una pareja estable. Recuerdo a un compañero de estudios decir refiriéndose al matrimonio: «Mientras haya taxis libres, ¿por qué comprarse coche?». Formidable resumen de los valores del hombre actual ebrio de individualismo, de pragmatismo y de hedonismo. El compromiso requiere fidelidad, mantener pactos y ello se vive como una merma de la libertad para hacer lo que a uno le viene en gana en cualquier momento.

Esta filosofía explica que un hombre o una mujer después de 10 o 15 años de matrimonio le diga a su cónyuge: «Me voy; te dejo porque necesito mi espacio, necesito sentirme libre. Y además tengo derecho a ser feliz». Esta decisión desgarra una familia y engendra una gran dosis de patología emocional y social que se extiende como las ondas sísmicas de un terremoto. Autores incluso no cristianos reconocen la gravedad de esta forma de pensar y de actuar. Es potencialmente muy peligrosa porque una civilización no se puede mantener sin guardar los pactos o compromisos que son el «cemento» aglutinante de las relaciones personales, en especial las más íntimas.

El sociólogo Lipovetsky en su excelente libro *La Era del vacío* ha descrito con lucidez la realidad del individualismo contemporáneo. Entre otras ideas, destacamos por su interés la siguiente. Lipovetsky habla de la reducción progresiva del interés del ser humano por los demás en los últimos 50 años en forma de círculos concéntricos. El proceso sería éste:

- ◆ Entre los años 1950–1970, al hombre le preocupaba mejorar el mundo. Había una inquietud social. Probablemente era una respuesta a la tragedia de la Segunda Guerra Mundial. Es el momento cuando surge la ONU, aparecen los movimientos de protesta juvenil (el Mayo francés, el movimiento hippie, etc.), fenómenos sociales que querían cambiar el mundo. Se anhelaba un mundo mejor.
- ◆ En la década de los años 80 (1980–1990 aproximadamente) se estrecha el círculo y uno se centra en la esfera de su trabajo. Lo importante es que la empresa vaya bien, una estabilidad laboral. Se aspira a un trabajo de por vida, y a una buena jubilación.
- ◆ En los años 90 el hombre reduce aún más sus intereses, se repliega sobre sí mismo y vive sobre todo para su familia: yo y los míos. Estos primeros síntomas de individualismo dan lugar, primero en EEUU y después en Europa, a la filosofía del «no en mi patio trasero», es decir, oponerse de forma sistemática e intensa a cualquier proyecto que pueda afectar de forma real o supuesta mi bienestar. Así nadie quiere proyectos sociales cerca de mi casa: ni iglesias, ni centros de rehabilitación, ni siquiera hospitales.
- ◆ En el año 2000 la reducción del interés por el prójimo ha hecho que la frase «yo y los míos» haya quedado reducida a otra mucho más corta: «yo». El mundo parece que se acaba conmigo, ya no importa nadie más que yo.

Las palabras del pueblo de Israel a Dios «Somos libres, nunca más vendremos a ti» (Jer. 2:31) las repiten hoy millones de personas que escogen este camino del «ser libre».

La opción materialista: «soy rico y de ninguna cosa tengo necesidad...» (Ap. 3:17)

Estas palabras que el ángel atribuye a la iglesia de Laodicea nos muestran que tampoco éste es un fenómeno moderno. El materialismo, la codicia por los bienes materiales, ha sido una constante en el corazón humano. En este caso la prioridad no es tanto ser como tener. Para las personas que se dejan llevar por este camino el ser viene en función del tener: «tanto tienes, tanto vales». En especial, la posesión de ciertos símbolos de *status* social que, supuestamente, confieren identidad e incluso superioridad. Estos símbolos de *status* varían en función de la edad, del lugar y de la época. Así, para un adolescente puede ser la ropa de marca o el teléfono móvil de última generación. Para un adulto maduro será el vehículo de gran cilindrada o una segunda vivienda en un lugar de «alto standing».

Cada generación tiene sus símbolos de *status* como nos recuerda la publicidad constantemente con sus mensajes, subliminales o agresivos, destinados al consumo. Ensalza la filosofía del triunfador en la línea que veíamos antes. Si es verdad que la publicidad refleja los valores contemporáneos, entonces el triunfo se mide por el automóvil que conduces, los hoteles donde te hospedas, el color de la tarjeta de crédito etc. Como reacción a ello ha surgido en EEUU un movimiento –*el downshifting*– que promueve el estilo de vida sencillo. No es más que poner en práctica la célebre frase de Francisco de Asís: «Necesito muy pocas cosas y las pocas cosas que necesito, las necesito muy poco».

Esta opción tiene, entre otras, **dos grandes consecuencias**.

- ◆ **El consumismo.** Si el valor de la persona estriba en lo que posee, entonces cuanto más posees tanto mejor para ti. Tu patrimonio te da seguridad, autoestima.

Ello lleva a comprar de forma compulsiva tanto lo que se necesita como lo totalmente innecesario. Las compras compulsivas constituyen un serio problema para muchas personas hoy. Es cierto que detrás puede haber factores psicológicos (ansiedad etc.), pero no tengo la menor duda de que la filosofía materialista de la vida es el motor que impulsa este fenómeno creciente. Alguien ha definido el consumismo como «comprar con el dinero que no se tiene aquello que no se necesita».

- ♦ **La cosificación de las relaciones.** ¿En qué sentido? Cuando trato a las cosas como si fueran personas –rasgo distintivo del materialismo– acabo tratando a las personas como si fueran cosas. El ser humano se convierte en un mero objeto, el medio, el instrumento que me permite alcanzar mis metas: mi autorrealización y mi felicidad. No importa si para ello he de pasar por encima de sus «cadáveres» (hablo simbólicamente). Esta miserable realidad se ve a diario en los trabajos, en el matrimonio y en otras esferas de la vida.

Estas tres opciones son caminos sin salida, no llevan a ninguna parte. Expresándolo en las palabras del autor del Eclesiastés, son «vanidad de vanidades», son vacíos y fuente de vaciedad o frustración. Ello nos lleva de forma natural a considerar la respuesta bíblica. ¿cuál es la forma de ser que refleja la voluntad de Dios para nuestras vidas?

La opción bíblica: ser como Cristo

«Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt. 11:29)

La prioridad del cristiano es la formación de un carácter moral, la forja progresiva del carácter de Cristo en nosotros. Ese principio lo vemos claramente expresado en textos como Romanos 8:29: «...para que fuesen hechos –*llegasen a ser*– conformes a la imagen de su Hijo». La meta última de mi vida es llegar a ser como Cristo. Todo lo demás palidece en importancia al lado de este objetivo supremo. No hay programa de vida mejor para un creyente o para una iglesia. Porque este principio no se aplica sólo al creyente individual, sino también a la iglesia: «todo el edificio –la Iglesia– bien coordinado va **creciendo para ser** un templo santo en el Señor» afirma con rotundidad Pablo en Efesios 2:21. Me preocupa escuchar repetidamente afirmaciones como «esta iglesia lo que necesita es un programa, un buen proyecto». ¿Es que hay algún «proyecto» más importante o más bíblico que promover todo aquello que contribuya a esta formidable «transformación» –*metamorfosis*– (ver 2 Co. 3:18) del creyente y de la iglesia a imagen de Cristo? ¿No será este énfasis en un «proyecto» una sutil influencia del secularismo, a imagen y semejanza, por ejemplo, de los partidos políticos o las empresas que funcionan a base de «proyectos»?

En lenguaje teológico a este proceso de cambio para llegar a ser como nuestro Maestro se le llama **santificación**. Y la santificación ha sido la prioridad y la marca distintiva de los grandes avivamientos en la historia de la Iglesia. Desde el movimiento de los Hermanos Moravos en el siglo XVIII con el Conde Zinzendorf hasta la eclosión del avivamiento metodista con Juan Wesley que transformó la Inglaterra de su época, sin olvidar la gran aportación de los puritanos, todos ellos han tenido un «proyecto» muy claro: **la santidad**. Una pregunta de reflexión aquí: la superficialidad de la fe y del compromiso que se observa hoy en muchos círculos evangélicos en Occidente, ¿no será porque se ha dejado de lado esta prioridad de llegar a ser como Cristo? En demasiadas ocasiones lo periférico ha venido a sustituir a lo central en la vida del creyente y de la

iglesia, de modo que se pone más énfasis en los actos que en las actitudes, en el hacer que en el ser, en los programas que en EL programa. Si esto sucede en la vida de una iglesia, puede ser el primer paso para su naufragio espiritual. Podrá ser un buen club social, pero habrá fracasado como «templo santo en el Señor». La centralidad de la santificación es requisito imprescindible para un discipulado sólido. Además, este anhelo de «ser santos en toda nuestra manera de vivir» (1 P. 1:15) no es una opción para una elite más o menos espiritual sino el deber de todo creyente y de toda iglesia, «porque escrito está: sed santos , porque yo soy santo» (1 P. 1:16).

Los rasgos distintivos de este carácter moral de Cristo los encontramos ampliamente descritos, entre otros, en dos pasajes: el Sermón del Monte (Mt. 5–7) donde Jesús mismo explica con profusión de ejemplos y metáforas en qué consiste la nueva forma de ser. El otro gran pasaje es Gálatas 5:22–23 donde Pablo enumera los diversos elementos del fruto del Espíritu. Recomendamos al lector profundizar en estos dos pasajes a fin de tener una visión mucho más amplia de este carácter al que aspiramos. Sí queremos dedicar, no obstante, unas líneas al modelo que Cristo mismo nos marcó con su propia vida.

El ejemplo mismo de Jesús. La vida y las enseñanzas del Señor nos muestran numerosos ejemplos de esta prioridad del ser. Al final del Sermón del Monte, y a modo de resumen, Jesús exhorta a sus discípulos con una frase concluyente: «Así pues no os hagáis semejantes a ellos» (Mt. 6:8). El verbo en griego «no os hagáis como» –*gígnomai*– es el mismo que aparece en Romanos 8:29 antes considerado. Según J. Stott ésta es la esencia de todo este sermón: «no lleguéis a ser como ellos».

En otra ocasión el Señor exhorta a sus seguidores a «aprender de mí que soy manso y humilde» (Mt. 11:29). Lo fundamental de su enseñanza no radicaba en sus actos, por milagrosos y fantásticos que éstos fueran; tampoco en sus palabras, sabias y sublimes. El meollo de lo que tenían que aprender estaba en el carácter de Jesús: sus actitudes, sus reacciones, su amor. Incluso en la parábola de los talentos, pasaje que a primera vista nos habla de la importancia de una buena administración –el *actuar* bien– así como de los resultados, al final lo que se resalta por encima de todo es *una actitud*: «Ven, buen siervo y fiel, sobre poco has **sido** fiel, sobre mucho te pondré» (Mt. 25:23). Se elogia la fidelidad del siervo, una virtud del ser. La productividad, los resultados quedan en segundo lugar; no es que no tengan importancia, la tienen; pero en la vida cristiana es más importante el cómo –las actitudes, el corazón– que el qué.

En el próximo artículo consideraremos las maneras cómo se aprende a ser como Cristo, la forja del ser.

Por ahora, concluimos afirmando con convicción que la recuperación de este anhelo de santidad y de consagración es la necesidad más urgente de la iglesia hoy.

Dr. Pablo Martínez Vila

Desde el púlpito de la cruz

El más grande mensaje predicado jamás, y el de consecuencias más trascendentales, se pronunció desde un lugar insólito: una cruz. Los Evangelios nos presentan a Cristo como maestro singular. Una de sus singularidades era el modo de aprovechar todos los lugares que podían servirle de púlpito para comunicar sus enseñanzas a sus oyentes (la altura de un monte o el respaldo de un pozo, por ejemplo). Y el último de sus mensajes, el más importante, fue desde una cruz. Lo que había enseñado en diferentes lugares y con diversidad de auditorios lo resumió en un solo día. Fue el sermón más largo, duró unas seis horas, y el de menos palabras, sólo siete frases que resumen toda la grandiosidad de su obra en el mundo.

Desde este púlpito los intervalos silenciosos de agonía, tan elocuentes como las palabras, se ven interrumpidos por siete frases memorables conocidas como «las siete palabras». Pese al laconismo del Maestro, estas palabras expusieron lo esencial de las más grandes enseñanzas que han llegado a oídos humanos. Constituyen una síntesis de lo enseñado por él en la tierra, un despliegue sublime de su obra. Veamos cómo cada una de esas frases alude a distintos aspectos de nuestra redención.

La base de la salvación

«Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc. 23:34)

El perdón de los pecados por la gracia de Dios es la base de la salvación. Al atender a la súplica de su Hijo amado -«Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»- Dios mostró una magnanimidad inaudita a favor de quienes ultrajaban a su Hijo y pedían su muerte a gritos. No es que Jesús en aquellos momentos hubiese perdido de vista la gravedad del pecado, no estaba abogando por un perdón barato. Su compasión no estaba reñida con la perfecta justicia divina que requería, como veremos después, la abnegada entrega de su vida en expiación por el pecado para todos los seres humanos. Y para que nadie se llamara a engaño, en cierta ocasión, cuando algunos le contaban acerca de los galileos «cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos», respondiendo Jesús, les dijo: «¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas eran más pecadores que todos los gentiles? Os digo no, antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lc. 13:1-5).

La seguridad de la salvación

«De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc. 23:43)

La segunda «palabra» va dirigida al ladrón arrepentido. Con ella, Jesús enseña cómo el perdón divino asegura la salvación en todas sus facetas. A destacar que es una salvación inmediata -«hoy»- y gloriosa -«en el paraíso». Y aún más gloriosa es por cuanto se manifiesta en la presencia de Cristo -«conmigo»- y de los redimidos glorificados, así como en la «compañía de muchos millares de ángeles» (He. 12:22-23) que adoran y sirven al Salvador, a la par que son «para servicio». No podría pensarse en compañía más selecta. Ni más útil, pues los ángeles son «administradores de los santos redimidos a favor de los que serán herederos de la salvación» (He. 1:14).

Pero esta salvación requiere dos actitudes de nuestra parte como así lo entendió el malhechor crucificado:

- ♦ *la convicción de pecado*: «nosotros justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos» (Lc. 23:41). A ella nos guía el santo temor de Dios: «¿Ni aun tú temes a Dios...?»
- ♦ *la invocación de Cristo*. Este hombre, tras reconocer sus faltas arrepentido, con una frase tan apasionada como eficaz imploró: «acuérdate de mí cuando vengas en tu reino» (Lc. 23:42). ¡Trascendental petición! Invocar a Cristo es imprescindible para la salvación. Se cumplía así lo escrito el apóstol Juan: «Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él» (Jn. 3:17).

Una salvación completa

«Mujer, he ahí tu hijo» (Jn. 19:25-27)

Jesús no sólo hacía provisión espiritual para los que se iban con él a través de la muerte, el malhechor. También se preocupó de las necesidades temporales de sus seres queridos: su madre María y su discípulo amado, Juan, hermano de Jacobo. La espiritualidad de Jesús no es un sentimiento místico que prescinde de las necesidades físicas propias de seres con cuerpo y alma que se mueven en un mundo hostil. Cristo nos muestra aquí cómo la verdadera espiritualidad nos hace más humanos. Nada como la protección del Salvador hacia sus redimidos. Esta «palabra» de Jesús en la cruz nos lleva a la conclusión de que el Señor cuida de los suyos en el sentido más pleno.

Como el pastor protege a sus ovejas, así Cristo protege a su pueblo. Como resultado, la salvación no es sólo cosa del futuro, sino que tiene ya una parte importante aquí en la manifestación de su cuidado, de su instrucción, de su providencia, de su gracia, todo bajo el ministerio de su Santo Espíritu.

El precio de la salvación

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt. 27:46)

Llegamos al punto más enigmático en la vida de Jesús y a la culminación de su sufrimiento físico, moral y espiritual: la separación del Padre. No existe mayor soledad que ésta. El sentirse abandonado por su Padre -Dios- era la mayor angustia que podía experimentar en aquellas horas de tortura.

Los judíos estaban familiarizados con los sacrificios cruentos en que el sumo sacerdote ofrecía sacrificios en expiación por sus propios pecados y por los del pueblo. Pero, como bien afirma el autor de la carta a los Hebreos, estos sacrificios sólo tenían un valor ritual, simbólico, ineficaz para una auténtica purificación y propiciación en espera de la obra redentora de Cristo (He. 10:1-12).

Ahora la pregunta angustiada de Jesús sólo tiene una respuesta: debe ser abandonado porque en la cruz asumía la deuda moral de la humanidad cargando con sus pecados. De este modo se efectuaba una obra de propiciación en virtud de la cual Dios nos reviste de su justicia y nos otorga la salvación (Ro. 3:24-26). Con varios siglos de

antelación el profeta Isaías describió la imagen del Siervo-Mesías, el Cristo redentor, y de modo vívido destacó los agudos sufrimientos del que había de ser nuestro Salvador (Is. 53:3-8).

No es extraño que en aquella hora Jesús concentrara todo su sufrimiento y su angustia profunda en una sola frase: «sed tengo» (Jn. 19:28). Sólo «el fruto de la aflicción de su alma» podría apagar esa sed (Is. 53:11).

La consumación de la salvación

«Consumado es» (Jn. 19:30)

La vida de Jesús se extingue. Sus sufrimientos cesan. Su humillación está a punto de trocarse en gloria (Fil. 2:5-11). Todo obstáculo para que el hombre se allegue a Dios está siendo eliminado. Ahora lo único que falta para hacer efectiva la obra de la salvación es la fe, la confianza plena en la obra redentora de Jesucristo y la sumisión a su Palabra y a la dirección por la acción de su Espíritu. Por parte de Cristo, hubo suficiente con un texto de los salmos:

«En tu mano encomiendo mi espíritu» (Sal. 31:5)

Bendita frase... Bendita fuente de paz para el Salvador y para los salvados, nosotros. Bendita cruz y, consumada en ella, la redención de millones de seres humanos. Ciertamente, fue el más grande sermón predicado jamás.

José M. Martínez

Ser antes que hacer (III)

Buscando las prioridades de la vida

«Sed imitadores de mí como yo de Cristo» (1 Co. 11:1)

En los dos temas anteriores (febrero y marzo) hemos considerado la meta del camino, a dónde nos dirigimos. Ahora debemos ocuparnos del cómo hacer este «viaje hacia la santidad»: ¿cómo se realiza esta labor de forja del *ser* que prevalece sobre el *hacer*?

Antes de responder a esta pregunta, una consideración práctica sobre la «cronología» de acontecimientos en la vida del discípulo. Hay un orden lógico que no debemos alterar. El **ser** como Cristo -sobre la base de la nueva naturaleza que se inicia con el nuevo nacimiento- nos lleva a **ver** la vida con los ojos de Cristo -«tenemos la mente de Cristo» (1 Co. 2:16)- y ello, finalmente, nos lleva a **vivir**, actuar como Cristo. No podemos invertir el orden so pena de caer en el legalismo o en el activismo. La ética -el hacer o vivir- es resultado natural del ser y mirar como Cristo. No es éste el momento adecuado para extendernos, pero ahí tenemos una de las explicaciones fundamentales del nominalismo: querer *hacer* sin *ser*. Si la conducta cristiana no es el resultado natural de la nueva vida que Cristo insufla en nosotros, la práctica de la fe se convierte en una carga pesada. La persona que busca *hacer* sin *ser* acaba «arrastrándose» en vez de ir «transformándose de gloria en gloria». Este es un peligro, por desgracia frecuente, en aquellos que se han criado en hogares cristianos. Nacer en un hogar cristiano es una gran bendición. Pero la experiencia del nuevo nacimiento es imprescindible para experimentar el frescor y la libertad que Cristo promete y que convierte la fe cristiana en una relación en vez de una religión.

¿Entonces, cómo se produce este cambio progresivo a la imagen de Cristo? Esta pregunta nos introduce en un aspecto muy práctico: **los medios** para la formación del carácter del Señor en cada creyente. Vamos a distinguir dos grandes instrumentos que son nuestra fuente de aprendizaje:

- ◆ Los modelos humanos
- ◆ El modelo supremo

Los modelos humanos

En el versículo que encabeza este epígrafe (1 Co. 11:1) Pablo nos muestra la importancia de los modelos. El apóstol anima a sus lectores a **ser** imitadores de Cristo, pero antes les ha dicho de forma inequívoca «sed imitadores de mí». ¿Cómo se explica tamaña osadía? El aprendizaje por imitación o identificación es capital en la vida cristiana. Hay una relación muy estrecha entre el **llegar a ser como** y el **estar con**. Para ser hay que aprender de modelos vivos. Nos demos cuenta o no, todos somos modelos para los que están a nuestro alrededor, y de forma especial lo somos con los más jóvenes. El mismo Pablo, en otra comparación, nos recuerda que «somos cartas vivas» en las cuales los demás están constantemente leyendo: «Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres» (2 Co. 3:2).

En otro pasaje el Apóstol nos enseña este mismo principio en una dimensión más comunitaria, como iglesia. «Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor...

de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y Acaya» (1 Ts. 1:6-7). Precioso testimonio el que Pablo puede dar de los tesalonicenses, con un resultado final admirable: «...en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada» (1 Ts. 1:8). Queremos resaltar que la palabra «ejemplo» usada por Pablo aquí en griego es *typos*, significando «golpe, huella, impacto que deja una persona o cosa sobre otra». Todos nosotros estamos dando «golpes», haciendo impacto, dejando huella sobre los demás. ¡Qué privilegio y qué responsabilidad!

Aquí tenemos otra gran necesidad de la iglesia hoy: el aprendizaje por modelos, el discipulado a través de mentores vivos. Así es como los apóstoles aprendieron del Señor y así es como el testigo de la fe -«el buen depósito»- se ha ido transmitiendo con fidelidad a lo largo de la historia de la Iglesia. Debemos recuperar y fomentar este tipo de formación si queremos que la siguiente generación esté preparada para coger nuestro relevo. En las diferentes áreas de actividad en la iglesia (escuela dominical, campamentos, clase de catecúmenos, grupos de jóvenes, etc.) así como en la familia debemos facilitar y promover esta actitud de ser modelos o mentores. Nunca enfatizaremos suficiente este aspecto del discipulado en estos días de postmodernismo cuando las relaciones personales se han trivializado y apenas hay tiempo para estar juntos, para convivir en la iglesia o incluso en la familia. Los jóvenes en la fe necesitan conversar, escuchar, ver, en una palabra, convivir con creyentes más maduros. Esta es una dimensión insustituible del discipulado.

El modelo supremo

«Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados de gloria en gloria en la misma imagen....» (2 Co. 3:18)

Este versículo nos lleva al clímax de nuestro tema: ningún modelo humano, por excelente que sea, puede sustituir la relación personal con Cristo. *Los modelos nos inspiran; Cristo nos cambia*. Estar con Cristo es la fuente última de nuestro crecimiento porque él es el único que posee el poder y la gracia que *transforman*. Esta metamorfosis sobrenatural, un proceso continuo según el texto, es obrado por el Espíritu del Señor. En otro pasaje es el mismo Dios Padre quien aparece como el autor: «el que comenzó la buena obra en nosotros, la irá perfeccionando -completando- hasta el día de Jesucristo» (Fil. 1:6).

Pero el texto de 2 Corintios 3:18 apunta sobre todo a Cristo como la fuente de nuestro cambio: «mirando la gloria del Señor somos transformados...» (Recomendamos al lector interesado en este tema la lectura de «Contemplando la gloria de Cristo»). Como enfatizamos antes con los modelos humanos, la relación personal constituye la clave. La razón es obvia: si nuestra meta es parecernos cada día más al Señor, entonces hemos de conocerle cada vez mejor y para *conocer* no hay otro camino más apropiado que *estar con*. Veamos dos ejemplos.

El rey David, hombre de Estado y por tanto muy ocupado en múltiples quehaceres, veía muy clara la prioridad número uno de su vida. En una memorable declaración que constituye todo un programa de vida, afirma:

«Una cosa he demandado al Señor, ésta buscaré;

*Que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida,
Para contemplar la hermosura del Señor,
Y para inquirir en su templo» (Sal. 27:4)*

Estar con el Señor todos los días para «contemplar e inquirir», es decir, para adorar y buscar su voluntad, depender de Dios para todo en una estrecha relación personal constituía la prioridad de la vida del más grande rey de Israel. No es sorprendente, entonces, que se dijera de él que «era un hombre según el corazón de Dios».

El mismo Señor Jesús nos muestra este principio en el conocido pasaje de Marta y María. Marta, mujer muy trabajadora, estaba abrumada por el *hacer*: «Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas». ¿Cuál es el remedio más profundo contra el estrés y la ansiedad de un activismo frenético? Jesús apunta de manera clara a la prioridad del ser: «Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte». Solemnes palabras que a mí nunca me han sonado a reproche agrio, sino a paciente lección; imagino el tono de voz de Jesús como el del maestro amante que con dulzura imparte una lección viva: «una sola cosa» ¿Cuál? *Estar con*, estar a los pies de Jesús en una relación cercana que permite ser moldeados por su gracia.

Para finalizar, ¿cómo podemos cultivar esta relación personal con Cristo? ¿Qué medios tenemos nosotros hoy para estar con él? Como el alfarero trabaja el barro, así se vale el Señor de diversos medios para forjarnos a semejanza de él. Un análisis pormenorizado escaparía al propósito de este escrito. Por ello vamos simplemente a esbozar la respuesta:

El estudio y meditación de la Palabra de Dios

Las Escrituras están llenas de Cristo: «Y comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían» (Lc. 24:27).

Procura imitar a los cristianos de Berea que «con toda solicitud escudriñaban cada día las Escrituras» (Hch. 17:11) y te encontrarás con el Cristo vivo. El estudio de la Palabra te permite no sólo el conocimiento de la verdad sino también encontrarte con el Verdadero, aquel que dijo «Yo soy la verdad».

- ◆ Deja que la Palabra te hable de forma personal
- ◆ Deja que la Palabra te penetre, que «more en abundancia» en ti.
- ◆ Deja que la Palabra te cambie, te moldee.

«Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu» (He. 4:12).

La oración

Es el instrumento más directo porque nos permite conversar con Dios como nuestro Padre, con naturalidad e intimidad sabiendo que Él es el Abba -«papá»- del que nos habla Pablo (Ro. 8:15).

Si la meditación en la Palabra supone más bien escuchar a Dios -dejar que El te hable-, en la oración tú le hablas a Dios. Pero aun sin darnos cuenta, el Señor usa este

medio para moldearnos, para hacernos crecer. La oración no sólo cambia las situaciones o las circunstancias; también nos cambia a nosotros. Todos hemos experimentado alguna vez cómo la ansiedad es sustituida por la paz que «sobrepasa todo entendimiento», el odio o el resentimiento es cambiado en una actitud de perdón e incluso de amor; el miedo es trocado en confianza; la duda en certeza cuando nos presentamos delante de Dios «en toda oración y ruego, con acción de gracias» (Fil. 4:6).

«Orar es cambiar. La oración es el cauce principal que Dios utiliza para transformarnos» (Richard Foster en *Celebration of Discipline*).

Las pruebas

Alguien quizás se sorprenda de esta idea. ¿De veras Dios pueda usar la prueba como un medio de transformación para llegar a ser como Cristo? La respuesta en la Palabra es abrumadora. Numerosos pasajes nos hablan del valor transformador, purificador y pedagógico del sufrimiento, los problemas y las tentaciones. Sólo mencionaremos dos a modo de ejemplo:

- ♦ «Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados» (He. 12:11).
- ♦ «En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra...» (1 P. 1:7).

El apóstol Pablo había experimentado sin duda este efecto transformador de la prueba. Ello le permite describir con detalle los cambios escalonados sobre el carácter y la experiencia de fe: «Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, aprobación; y la aprobación esperanza; y la esperanza no avergüenza» (Ro. 5:3-5).

Hay muy pocas cosas realmente importantes en la vida. A la hora de fijar estas prioridades, el llegar a ser como Cristo -que Cristo sea «formado en nosotros» (Gá. 4:19) viene en primer lugar. Nuestro deseo y oración es que Jesús pueda decir de cada uno de nosotros lo que dijo de María:

«Una sola cosa es necesaria. María ha escogido la buena parte y no le será quitada».

Dr. Pablo Martínez Vila

Jesucristo, el buen Pastor

Juan 10:1-30

En esta porción del Evangelio de Juan hallamos una de las metáforas más hermosas para describir la persona y la obra de Cristo. Habla por sí sola; pero sólo captaremos toda la profundidad de su significado si nos situamos en el contexto del momento histórico en que Jesús pronunció las palabras de su enseñanza.

La metáfora del pastor, en tiempos antiguos, se refería a una persona con autoridad religiosa o política, un gobernante o un líder destacado. En el Antiguo Testamento Yahvéh (nombre de Dios en Israel) era el pastor de su pueblo (Gn. 49:24; Sal. 23:1). El propósito de Dios era pastorear a su pueblo por medio de sus gobernantes. Algunos de estos líderes fueron modelos, dechados de fidelidad, dignos de ser imitados. Tal fue el caso de Moisés, Josué, David, los profetas, etc.

Pero no todos los pastores fueron en Israel dignos de la confianza divina. Jeremías (Jer. 2:8, Jer. 10:21) y Ezequiel (Ez. 34) entre muchos otros pasajes nos hablan del peligro de los «malos pastores». Éstos, sin embargo, no prevalecerán; su ambición y su maldad será contrarrestada por la justicia de Dios que ensalza al Pastor por excelencia: su Hijo amado. Cuando Jesús repite: «Yo soy el buen Pastor» sus palabras están cargadas de contenido en un contexto de dramatismo. De las autoridades religiosas de Israel tuvo Jesús una opinión muy poco edificante; veía al pueblo, objeto de su solicitud, víctima de la soberbia y la malevolencia de sus dirigentes. A ellos se refirió el Señor con estas duras palabras: «Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores, pero no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta, el que por mí entrare, será salvo» (Jn. 10:8-9). Esta salvación que Cristo ofrece a los seres humanos es hoy tan preciosa como la de sus días en la tierra.

El texto de Juan podemos dividirlo esquemáticamente en dos partes: en la primera se nos muestra al Pastor en relación con las ovejas, **la obra del Pastor**; en la segunda, lo que las ovejas hacen en relación con el Pastor, **su reacción**. En el presente artículo nos centraremos en el primer aspecto.

La obra del Pastor

La grandiosidad del contenido de esta obra contrasta con la sencillez de su descripción: el Pastor conoce a sus ovejas, las llama, las conduce sabiamente y con amor, protegiéndolas de robo y destrucción, poniendo finalmente su vida por las ovejas (Jn. 10:1-15).

1. **Conoce a sus ovejas (Jn. 10:14)**

Aunque todas parezcan iguales, cada una posee sus rasgos característicos inconfundibles, y a cada una la llama por su nombre (Jn. 10:3). Este detalle es tan singular como inaudito: el cristianismo es la única religión en la que Dios es el Todopoderoso, trascendente, y al mismo tiempo el Padre cercano, el Abba íntimo que nos conoce por nombre. En la Biblia el verbo conocer tiene esta connotación afectiva y de intimidad que alcanza su máxima expresión en el buen Pastor que nos conoce.

De esta manera, el Pastor distingue la valía de cada uno de nosotros individualmente. Me conoce a mí y a cada uno de sus redimidos, conoce todos nuestros defectos, nuestra tendencia a la incredulidad, nuestras pasiones, todo lo que escondemos para salvar nuestra deteriorada imagen. Pero también nos alienta como se nos enseña de forma tan memorable en el salmo del pastor por excelencia, el Salmo 23.

¡Qué gran consuelo que el Señor me ama a pesar de lo que soy en mi condición de «oveja perdida»! Por este amor pude llegar a ser una oveja hallada y rescatada por el amante Pastor.

2. Las conduce

¿Cómo lo hace?

- «*las llama*» (Jn. 10:3)

Es un un llamamiento triple: a la salvación, al seguimiento y al servicio. Sólo así se autentifica el discipulado cristiano.

- «*las saca fuera*» (Jn. 10:3)

Se trata de una acción hondamente significativa del pastor. Las ovejas han estado en el aprisco para ser resguardadas de la intemperie. Pero sería un error quedarse indefinidamente en el refugio. Se debilitarían peligrosamente. Han de salir para evitar su anquilosamiento.

Esta metáfora es válida también para los seres humanos. Cuando estamos instalados en situaciones más o menos agradables nos gustaría quedarnos, perpetuar estos momentos. Recordamos a Pedro, Jacobo y Juan cuando querían permanecer en el monte de la Transfiguración indefinidamente con el Señor. ¡Imposible! Por toda respuesta a su petición, el Señor Jesús les mostró el cuadro de sus sufrimientos y su humillación (Mr. 9:6-12). Cada nueva situación, aunque de entrada nos parezca desagradable, nos abre la puerta a nuevas oportunidades con renovadas bendiciones.

La vida es una sucesión de situaciones nuevas; unas de bienestar; otras desagradables, más o menos dolorosas. Y todas llevan el sello de la transitoriedad. Tenía razón Ortega y Gasset cuando ahondó en la fugacidad del tiempo y todo lo que consigo lleva. Refiriéndose a un paisaje, a una amistad, a un evento agradable, afirmó:

*Al tiempo que decimos «¡Ya vienen, ya vienen!»,
tenemos que empezar a preparar nuestros
labios para exclamar «¡Ya se van, ya se van!»*

- *Va delante de ellas* (Jn. 10:4)

El Pastor no saca las ovejas para luego dejarlas solas. Está con ellas y va delante de ellas. Según Mateo, las últimas palabras del Señor fueron precisamente para recordarnos esta gloriosa realidad: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt. 28:20). Ésta es la inefable y constante experiencia del creyente en tanto que oveja del buen Pastor: «De ningún modo te dejaré ni te desampararé» (He. 13:5).

3. Las guarda (Jn. 10:28-29)

Las ovejas están sujetas a múltiples peligros y adversarios. Peligros en nuestra vida individual y peligros como pueblo de Dios. El mismo Señor Jesús dijo: «He aquí yo os envío como corderos en medio de lobos» (Lc. 10:3). Igualmente, en la oración modelo, el Padrenuestro, se nos enseña a pedir «líbranos del mal» (Mt. 6:13).

Pese a todo, las circunstancias de nuestra vida están bajo el control del Señor Todopoderoso, siempre sabio y bondadoso. El Pastor no saca del aprisco a sus ovejas para que caigan en un precipicio. A veces nos llevará por caminos ásperos y peligrosos. Él sabe cuándo ha de probarnos y cuándo ha de consolarnos y confortarnos en «lugares de delicados pastos y de reposo». (Sal. 23:2). Como ya apuntamos, este precioso salmo atesora una riqueza espiritual inagotable y es un complemento ideal del texto que estamos considerando. El creyente hará bien en retenerlo en su mente y en su corazón.

4. Les da vida (Jn. 10:10)

«Yo soy el buen pastor y conozco mis ovejas, y las mías me conocen. así como yo conozco al Padre y pongo mi vida por las ovejas» (Jn. 10:15).

El clímax de la obra de Jesús como el buen Pastor se encuentra en su faceta redentora. Quizás un pastor humano fiel llegue arriesgar su vida por el rebaño, enfrentándose a un lobo o a cualquier situación de sumo peligro. Pero cuando Jesús da su vida por las ovejas las está salvando de la condenación para darles vida eterna (Jn. 3:17-18). La dimensión redentora del buen Pastor -Jesucristo- es única e insustituible. Nadie más, ningún otro pastor, puede llegar a decir: «He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia». La vida que Cristo nos ofrece es abundante no sólo por su duración -vida eterna-, sino por su calidad.

¡Qué gran privilegio ser oveja del buen Pastor! Él nos conoce por nombre, nos guía, nos protege y con su muerte nos da la vida. Ante estas preciosas realidades nos unimos al autor del conocido himno y exclamar:

«Dios mío, cuando pienso en las mercedes que tu bondad sin par me prodigó, mi corazón se enciende en alabanzas, en gratitud y amor...»

José M. Martínez

¿Qué es el hombre?

*«¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria,
Y el hijo del hombre, para que lo visites?
Le has hecho poco menor que los ángeles,
Y lo coronaste de gloria y de honra.
Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos;
Todo lo pusiste debajo de sus pies.»
(Salmo 8:4-6)*

La pregunta «¿Qué es el hombre?» también se podría formular de la siguiente manera: «¿Quién soy yo?». Es importante saber quiénes somos. Si no sabemos qué o quiénes somos, tampoco podemos saber para qué existimos. ¿Cuál es el sentido de nuestra vida? ¿Qué significado tiene nuestra existencia? Muchos filósofos y psicólogos han intentado buscar respuestas a estas preguntas y muchas personas hoy en día, después de tantos años buscando, aún no han encontrado la respuesta. Quizás no están buscando en el lugar adecuado. ¿Dónde mejor buscar la respuesta que en la Biblia? ¿Quién podrá darnos una explicación más acertada que el propio Creador del hombre?

Vamos a hacer un viaje por la Biblia, desde el principio hasta el final, como el vuelo de un águila que lo observa todo desde lo alto. Y podemos encontrar tres momentos clave y muy significativos que analizaremos seguidamente.

La creación

En la primera página de la Biblia encontramos la historia de la creación (Gn. 1). Es tan conocida que muchas veces perdemos de vista la importancia y lo maravilloso de la creación. Dios creó todo con un objetivo muy claro. Y para llegar a ese objetivo todo fue creado en un cierto orden. En seis días lo creó todo, y cada día añadía algo para llegar finalmente a la culminación en el sexto día: la creación del hombre. ¿Cómo es este orden?

1º día: La luz (Gn. 1:3-5)

2º día: El cielo (Gn. 1:6-8)

3º día: Los mares y la tierra seca, plantas y árboles (Gn. 1:9-13)

4º día: El sol, la luna y las estrellas (Gn. 1:14-19)

5º día: Los peces y las aves (Gn. 1:20-23)

6º día: Los animales en la tierra, y finalmente el hombre (Gn. 1:24-31)

Al final del sexto día todo estaba preparado para el último paso: la creación del hombre. El hombre no fue creado el primer día. Si hubiese sido creado el primer día, no habría tenido luz para ver, no habría tenido tierra seca para caminar, no habría tenido frutos de los árboles para comer y no habría tenido animales para hacerle compañía. Hoy en día se llama animales de compañía solamente a algunos animales domésticos en contraste con los animales salvajes. Pero en el principio no existía tal diferenciación, así que todos los animales (elefantes, cocodrilos, tigres, leones e incluso serpientes, etc.) eran animales de compañía para el primer hombre.

Dios preparó toda la creación para poder recibir al hombre. De esta manera cualquier **necesidad** que pudiera tener el ser humano ya podía **suplirse**. Esto demuestra que todo

lo creado anteriormente fue creado para servir al hombre, para su bien y disfrute. El hombre es la corona de la creación y todo aquello tan maravillosamente creado, que era bueno en gran manera (Gn. 1:31), lo creó Dios para nosotros.

Y después Dios reposó el día séptimo (Gn. 2:2). ¿Por qué descansó Dios al acabar su obra de creación? ¿Acaso estaba cansado? No, Dios no reposó porque estuviera cansado, sino porque la obra era **completa**. No faltaba nada a la creación. Ya nunca más Dios tuvo que crear cosa alguna, la creación era auto-sostenible.

Un ejemplo nos ayuda a entenderlo. El hombre podía comer del fruto de los árboles. Dios no creó solamente un árbol para dar de comer al hombre. Si así hubiese sido, una vez consumido el fruto de ese árbol, Dios hubiese tenido que crear un árbol nuevo. Pero no fue así. Había muchos árboles, con muchos frutos diferentes, con sabores diferentes para que el hombre pudiera disfrutarlos. Y además, Dios creó los árboles con la semilla que estaba en ellos (Gn. 1:12), que les daba la capacidad para reproducirse. De esta manera Dios proveyó comida continua. Es en este sentido que la creación era completa, ya no era necesario crear nada nuevo, y por eso Dios pudo reposar.

¿Nosotros habríamos sido capaces de pensar en una creación tan maravillosa y auto-sostenible? Esto nos debería llenar de admiración hacia la grandiosa sabiduría de Dios, y de gratitud a Él por su inmenso amor hacia nosotros.

Una nueva creación

Pero el hombre pecó (Gn. 3) y estropeó lo bueno que Dios había creado. Por eso, Jesús, en su conversación con el fariseo Nicodemo, dijo que «nos es necesario **nacer de nuevo**» (Jn. 3:7). Nicodemo no lo entendía y le preguntó: «¿Cómo puede hacerse esto?» (Jn. 3:9). No es un nuevo nacimiento literal, físico, no es una reencarnación o algo por el estilo, sino que es un nuevo nacimiento espiritual. Nuestro ser consiste de espíritu, alma y cuerpo (1 Ts. 5:23), y es nuestro espíritu el que tiene que nacer de nuevo.

En el conocido versículo Juan 3:16 encontramos la clave de este «nuevo nacimiento»: creer en Jesucristo, lo cual obra la salvación. Jesucristo es nuestro Salvador, y «si confesamos con la boca que Jesús es el Señor, y creemos en el corazón que Dios le levantó de los muertos, seremos salvos» (Ro. 10:9). Así se produce el milagro de la nueva creación. «De modo que si alguno está en Cristo, **nueva criatura** es» (2 Co. 5:17).

De nuevo vemos el amor de Dios hacia nosotros. La salvación no la podemos conseguir por nuestras obras, «por cuanto todos pecaron» (Ro. 5:12) y «la paga del pecado es la muerte» (Ro. 6:23). La única manera de recibir la salvación es reconocer que somos pecadores y que merecemos la muerte, pero «por gracia somos salvos por medio de la fe; y esto no de nosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Ef. 2:8-9). Dios nos ha ofrecido su gracia mediante el sacrificio de Jesucristo en la cruz, y nosotros tenemos que responder en fe aceptando esta salvación.

Esto es el evangelio, la buena nueva. ¡Así de sencillo y así de profundo! Si tuviéramos que conseguir la salvación por nuestras obras, nunca la conseguiríamos. En todas las otras religiones cuentan las obras de los hombres para conseguir la salvación. En el cristianismo cuenta la obra de Dios y su hijo Jesucristo, que nos ofrece la salvación como un regalo que debemos aceptar.

Y así como la primera creación en Génesis fue completa, de tal modo que Dios pudo reposar el séptimo día, también la nueva creación en Jesucristo es completa. Si nosotros somos hechos una nueva creación, entonces también somos **completos**. No es que seamos completos o perfectos en nuestro físico (cuerpo y alma). Sino que, al ser el nuevo nacimiento en nuestro espíritu, es en el espíritu que somos «hechos perfectos» (Heb. 12:23). «Somos **santificados** mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre» (Heb. 10:10), y «con una sola ofrenda hizo **perfectos** para siempre a los santificados» (Heb. 10:14).

Tenemos que aprender que en nuestro espíritu somos perfectos y que Dios ya ha **suplido** todas nuestras **necesidades** mediante el sacrificio de Jesucristo en la cruz. «Todas las cosas que pertenecen a la vida y la piedad nos han sido dadas» (2 P. 1:3). Si dice «todas las cosas», entonces quiere decir «*todas* las cosas», no falta nada. Además dice que «nos *han sido* dadas» y no dice «nos *serán* dadas». En el siguiente versículo añade que «nos ha dado preciosas y grandísimas promesas» (2 P. 1:4). ¡Qué palabras tan hermosas y qué «salvación tan grande» (Heb. 2:3)! Es una lástima que muchas veces no somos conscientes de lo que ya nos ha sido dado, y no hemos aprendido a aceptar y recibir todas las bendiciones de tener a Dios como nuestro Padre celestial, y a Jesucristo como nuestro Salvador.

El nuevo nacimiento nos capacita para vivir en «amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza», porque es «el fruto del Espíritu» (Gá. 5:22-23). Si no tenemos amor, no sabemos «de qué manera amó Dios al mundo» (Jn. 3:16). Si no tenemos gozo, no sabemos que nuestro espíritu «está siempre gozoso» (1 Ts. 5:16). Si no tenemos paz, no conocemos «la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento» (Fil 4:7).

Todas estas cosas nos han sido dadas con el nuevo nacimiento y están en nuestro espíritu. No están en nuestro cuerpo, ni en nuestra alma. ¿Cómo podemos entonces conocer nuestro espíritu? No podemos ver, oír, tocar, oler o saborear nuestro espíritu. Con nuestros cinco sentidos no podemos percibirlo, pero podemos conocerlo a través de la Biblia. «Las palabras que Jesús nos ha hablado son **espíritu** y son vida» (Jn 6:63). Debemos leer la Biblia para descubrir las preciosas y grandísimas promesas y apropiárnoslas.

Cielos nuevos y tierra nueva

Al pecar el hombre, toda la tierra cayó en pecado y destrucción. «Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia» (2 P. 3:13). «El primer cielo y la primera tierra pasarán» (Ap. 21:1). La Biblia deja claro que habrá un fin a la vida tal como la conocemos y que los creyentes tenemos «vida eterna» (Jn. 3:16).

Jesús se fue a la casa de su Padre, donde hay muchas moradas, para preparar lugar para nosotros. Y cuando venga otra vez nos tomará a sí mismo, para que estemos donde Él está (Jn. 14:2-3). Tenemos una morada celestial esperándonos, y estaremos eternamente con Él. ¡Qué privilegio!

Pero, ¿cómo será esta vida eterna en el cielo nuevo y en la tierra nueva? La Biblia nos

proporciona unas pinceladas básicas de este gran cuadro, pero los detalles quedan fuera del alcance de nuestro saber. Ello es así, porque simplemente no podemos, con nuestra mente humana y limitada, captar lo maravilloso y grandioso de nuestra vida futura. Estar siempre en presencia de Dios será maravilloso, donde «Dios el Señor nos iluminará» (Ap. 22:5), donde «la calle de la ciudad será de oro puro» (Ap. 21:21) y donde «Dios mismo enjugará toda lágrima de los ojos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Ap. 21:4). Ni nos lo podemos imaginar.

Cuando hayamos disfrutado un millón de años de la vida eterna, podremos mirar atrás a la vida terrenal y nos daremos cuenta de que todas las dificultades y todos los problemas de nuestra vida aquí fueron solamente una «leve tribulación momentánea» (2 Co. 4:17).

Este futuro glorioso nos tiene que llenar de humildad y de adoración a Dios. Él nos consideró de tanto valor que fuimos, y somos, objeto de su amor infinito. «Él no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 P. 3:9) y que estemos con Él eternamente.

¿Qué es el hombre? **Creación** de Dios, y por medio de la fe **una nueva creación** en Cristo Jesús, con un futuro glorioso en **los cielos nuevos y la tierra nueva**.

*«¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra!»
(Salmo 8:9)*

Job 't Hart

Ser cristiano, ¿de qué me sirve? (I)

El pragmatismo, un dios moderno

Nuestra sociedad se jacta de su laicismo, es decir de haberse liberado de las ataduras de la religión para vivir en *verdadera* libertad. El hombre moderno se cree libre de cargas religiosas sin darse cuenta de que se ha vuelto esclavo de los ídolos que ha creado. Son sus nuevos dioses a los que adora y ante los que se rinde y sirve con tanta pasión como servilismo. La evolución social le ha dado la razón al pensador inglés Chesterton quien, con su proverbial lucidez, afirmó: «Cuando el hombre deja de creer en Dios, no es que no crea en nada, *Cree en cualquier cosa*».

El hedonismo, el relativismo y el pragmatismo son algunos de los principales dioses seculares de esta nueva religión laica. En los próximos dos *temas del mes* vamos a considerar el pragmatismo como una ideología que está moldeando muchas de las conductas y relaciones sociales de hoy y que llega a influir de forma sutil en la vida de la Iglesia. En este primer artículo analizaremos los rasgos distintivos de este nuevo ídolo; en el siguiente, veremos cómo afecta al creyente y cuál debería ser la alternativa cristiana.

En cierta ocasión, estando en Galicia, una periodista se me acercó al final de una conferencia para una breve entrevista. «¿El cristianismo funciona?» me preguntó con sinceridad. Debí observar un gesto de sorpresa en mí porque me repitió la misma pregunta hasta dos veces más con otras palabras: «¿para qué sirve?, ¿qué resultados podéis dar a la sociedad?».

Lo cierto es que nunca antes me habían planteado la validez del cristianismo en estos términos. Mis esquemas de apologética se movían por unas coordenadas diferentes. Han pasado ya varios años, pero la pregunta de aquella joven periodista no se me ha olvidado. Fue mi primer contacto «en directo» con el pragmatismo. La mentalidad pragmática se acerca a la realidad con esta idea: «¿Me sirve o no me sirve?», «¿me funciona o no me funciona?». No se pregunta: «¿es bueno o malo?», «¿verdad o mentira?», «¿moral o inmoral?». De esta forma lo ético queda supeditado a lo útil, los principios a los resultados. El rasero para evaluar una situación, una relación, una persona o incluso una idea es que funcione y que me sea útil. Los resultados prácticos, sobre todo en lo que a mí concierne, son la norma suprema de «fe y conducta» de los seguidores de este nuevo dios.

El pragmatismo deja ver su rostro en muchos programas de televisión, en la calle, en el trabajo, en la prensa, incluso en las modernas redes sociales tipo *facebook*. Como lluvia fina que va calando hasta empapar por completo, así moldea la filosofía pragmática muchas áreas de la vida diaria. Es nuestra responsabilidad descubrir sus elementos peligrosos, peligrosos no sólo para la fe del creyente, sino incluso para la convivencia social porque no estamos delante de una ideología neutra; tiene unas profundas implicaciones morales y existenciales.

¿Qué es? La naturaleza del pragmatismo

Este dios secular tiene varios rasgos distintivos:

Es un sistema egoísta

En primer lugar, está centrado en *mis* necesidades. El «yo» es el eje alrededor del cual giran mis decisiones. Es, por tanto, una filosofía profundamente *egoísta*. «Sólo quiero lo que necesito» sería su resumen.

A primera vista esta actitud puede parecer inofensiva, sobre todo en el campo material. Incluso podría favorecer un estilo de vida más sencillo, menos consumista. Pero sus implicaciones son muy negativas cuando se aplican al campo de las relaciones personales. Veamos dos ejemplos muy frecuentes en nuestros días. El primero en el ámbito de la familia. Muchos jóvenes razonan así: «¿para qué necesito casarme cuando es mucho más *práctico, rápido y cómodo* juntarse?» Ello explica el aumento espectacular de la cohabitación en los países «pragmáticos», por ejemplo en Europa. «Si nos juntamos y funciona, ¿qué más *necesitamos?*», «¿para qué nos sirven las iglesias, los juzgados, los testigos o las firmas?» ¡Esta forma de pensar es ideología pragmática pura, aun cuando la mayoría de estos jóvenes ni siquiera han oído esta palabra en su vida! Puesto que los principios quedan supeditados a *mi* necesidad y *mi* comodidad, prescindo de todo lo que *a mí no me es útil*.

Otro ejemplo en una línea parecida. Crece el número de mujeres que tienen un hijo sin vivir -ni pretender vivir jamás- con el padre de este hijo. «¿Para qué aguantar a un hombre toda la vida, si no lo necesito más que para darme el hijo?» Conmoción saber que en Inglaterra el mayor crecimiento en el porcentaje de nacimientos se da en este tipo de situación familiar, madres solteras que deciden tener un hijo prescindiendo por completo de su futuro padre.

¿Y qué diremos del varón que después de unos pocos años de matrimonio decide abandonar a su esposa porque «ahora ya no la necesito, la vida tiene etapas; mi mujer me fue útil en una etapa de mi vida, pero ahora ya no». Me confesaba una joven esposa, en medio de una situación así: «Me siento como una lata de Coca Cola: Deséchese después de usada». Las consecuencias del pragmatismo en las relaciones personales pueden ser devastadoras.

Descubrimos el mismo enfoque en el ámbito de las creencias en muchos de nuestros contemporáneos. Les hablas del Evangelio y su respuesta es: «Esto está muy bien para ti, pero yo no necesito a Dios. Yo estoy bien sin Dios, vivo cómodo, no necesito una religión. Simplemente no lo necesito».

Recuerdo el caso de un joven que, en apariencia, se convirtió y poco después se bautizó en una iglesia evangélica. De forma un tanto inesperada, al cabo de unos tres años abandonó la iglesia y lo que es peor, su fe en Dios. Al preguntarle por su decisión, respondió fríamente: «Dios no me solucionó los problemas, no me ha servido de nada. Aun peor, desde que voy a la iglesia tengo más problemas que antes. Un Dios que no me soluciona mis problemas es un Dios que no me sirve y, por tanto, no lo necesito».

Estos diversos ejemplos nos muestran el fondo descarnado del pragmatismo: un egoísmo a ultranza donde la satisfacción y la realización del ego priman por encima de todo. La persona se mueve por la vida según sus necesidades propias: «Si no te necesito -sea Dios, la esposa u otros- entonces no me interesas».

Es un sistema hedonista

El pragmatismo *busca una satisfacción inmediata* de cualquier necesidad o deseo. Esta es su segunda característica. En este sentido entronca de lleno con la corriente hedonista, otro de los grandes dioses seculares. Su actitud ante la realidad se resume con la pregunta *¿por qué no ahora?* Estas personas no pueden esperar, no quieren esperar. Así pues, el pragmatismo no sólo está centrado en el yo, sino también en el aquí y el ahora. La célebre frase de los epicúreos latinos *-carpe diem, vive el día-* podría ser su lema. El mañana y el futuro no importan.

Esta forma de pensamiento sigue el principio de la no frustración. Su énfasis es que todo deseo debe ser satisfecho de inmediato porque el aplazamiento de la satisfacción produce frustración y la frustración es la negación de la felicidad. Muchos padres en Norteamérica siguieron este principio durante más de 20 años en la educación de sus hijos. El «experimento pedagógico» terminó con un célebre «*mea culpa*» de quienes propusieron este sistema. Pidieron perdón públicamente en un programa de televisión a los padres por haber influido decisivamente a forjar una generación de jóvenes que no sabían lo que significaban palabras como *esperar* o *más tarde*. La pérdida de estos valores condujo a consecuencias sociales nefastas que comentaremos después.

Veamos dos ejemplos prácticos de esta filosofía. El primero, tomado del campo económico: el sistema de venta a plazos. En el siglo XIX cada uno compraba lo que necesitaba cuando había ahorrado el dinero necesario. La venta a plazos es un invento del siglo XX. Hoy compramos lo que necesitamos -y lo que no necesitamos- a crédito, incitados por una propaganda apetitosa y eficaz fundada en el imperio de los sentidos. El producto nos entra por los ojos, por los oídos -músicas «pegajosas»-, hasta por el olfato y por el tacto y se nos hace irresistible. No podemos esperar. Los expertos en marketing conocen bien la importancia de los sentidos a la hora de provocar un impulso casi irrefrenable a comprar. Y ahí surge la «maravilla» de la venta a plazos que permite la compra *inmediata* del producto; uno no tiene que esperar a reunir todo el dinero, se lo puede llevar ya. La otra parte de la historia, los créditos impagados, los embargos y los subsiguientes dramas personales o familiares, todo esto se procura silenciar o minimizar.

Algo parecido -o peor- ocurre con las tarjetas de crédito. Para algunas personas el llamado «dinero de plástico» puede llegar a ser una auténtica trampa. En su uso desordenado e impulsivo han comenzado a gestar su ruina económica y, a veces, también personal. La tarjeta de crédito es un símbolo por antonomasia del pragmatismo porque permite la satisfacción inmediata del deseo sin pensar. «Es que no hay que pensar a la hora de satisfacer el deseo. Pensar tiene que ver con el futuro, y lo que importa sólo es el ahora» diría el pragmático.

No se me malentienda con estos ejemplos. No estoy diciendo que comprar a plazos o usar la tarjeta de crédito es malo en sí mismo. En absoluto. A veces es un mal menor y otras veces incluso es un bien porque permite el acceso a productos de primera necesidad; hoy en día casi nadie podría comprar una vivienda sin el sistema de plazos y créditos. Lo que no es correcto es comprar de forma impulsiva para satisfacer simplemente el deseo o la «necesidad» del momento.

Oto ejemplo que ilustra esta realidad: la publicidad que recibimos por correo suele incluir esta conclusión: «si usted responde antes de x días (el plazo es siempre muy

corto), tendrá un premio extra». La idea del experto en marketing es que contestes sin pensar. Una vez se ha generado el deseo, es importante no dar lugar a la reflexión. Con ello se garantiza que funcionará el «reflejo pragmático», es decir, la satisfacción sin demora del deseo.

Uno de los ejemplos más claros lo encontramos en el terreno de la sexualidad. Según una amplia encuesta realizada simultáneamente en varios países de la Comunidad Europea, la edad promedio de inicio de relaciones sexuales se sitúa hoy en los 16-17 años. Hace sólo 30 años estaba en los 22. Ha bastado una generación para un cambio espectacular. Hasta tal punto es así que este fenómeno está creando un problema importante de salud pública y social: el embarazo de adolescentes ha crecido en proporciones alarmantes. Claro que para solucionarlo se recurre a otra herramienta propia del pragmatismo: el aborto, considerado -en un alarde de cinismo retórico- una «simple» interrupción voluntaria del embarazo. El aborto, uno de los iconos (ídolos) más trágicos del pragmatismo, es expresión fehaciente de un fundamentalismo laico que cree y adora al dios más antiguo: el ego humano.

Los jóvenes hoy, en general, no saben esperar. ¿Esperar?, ¿para qué?, ¿por qué? Es el argumento de muchos de ellos. Aldous Huxley, en su célebre libro *Un mundo feliz*, dice: «no dejes para mañana la diversión que puedas tener hoy». Son muchas las personas que, sin saberlo, están aplicando en sus vidas la ideología «fantástica» de Huxley, antes considerada una utopía y ahora hecha realidad. Es simplemente la aplicación del pragmatismo a la vida diaria.

Es un sistema materialista

Al diseccionar el pragmatismo de nuestra sociedad, encontramos una tercera característica: valora el éxito según resultados tangibles, en especial los que se pueden medir con números. Las cifras son el «tótem» que, finalmente, determina el fracaso o el éxito de un proyecto. Todo se valora según los números. En este sentido podemos decir que es un sistema *materialista*. La primera conclusión del pragmático era «si no lo necesito no lo quiero»; la segunda, «¿por qué no ahora?». Este tercer aspecto lo podemos resumir con el dicho «los números cantan».

Los resultados valorados en cifras constituyen el criterio supremo para decidir si algo va bien o mal, si funciona o no funciona. Vaya por delante que este criterio es lógico y aceptable en el mundo empresarial. Pero si se aplica de forma ilimitada y deshumanizada, el lugar de trabajo deviene una forma moderna y legalizada de esclavitud. Los aspectos positivos del capitalismo pueden trocarse en un infierno si *lo único* que cuenta es los números de la empresa.

Un ejemplo nos lo ilustra. Los agentes comerciales de una empresa se ven sometidos a una presión extraordinaria por parte de sus superiores. ¡Por supuesto que vender es su trabajo! Su obligación es vender. Pero ya no parece tan lógico que, con demasiada frecuencia, se les obligue a hacer «la cuadratura del círculo», exigiéndoles resultados casi imposibles bajo amenaza de perder incentivos o incluso su lugar de trabajo. Lo único que cuenta es que, a final de mes o a final de campaña, los números salgan. Hay que vender y vender. No importa que el precio sea engañar al cliente o hipotecar la salud del comercial, o su vida personal y familiar. Así muchos acaban en la consulta del médico con un infarto de miocardio, con estrés severo, con depresión o con la familia rota. La reciente epidemia de suicidios en una gran empresa estatal francesa es un buen ejemplo de las

trágicas consecuencias de esta filosofía. Cuando una empresa antepone la salud física y emocional de sus obreros a los resultados económicos, se está dejando llevar por un pragmatismo deshumanizante que, a la larga, será un *boomerang* negativo para la propia empresa.

Dr. Pablo Martínez Vila

Ser cristiano, ¿de qué me sirve? (II)

El pragmatismo, un dios moderno

En la primera parte de este artículo (*Tema del mes anterior*) estuvimos considerando los rasgos distintivos de este nuevo ídolo ante el que se arrodillan millones de personas aun sin saberlo. Veamos ahora cómo afecta al creyente y cuál es la respuesta cristiana adecuada.

El pragmatismo en la iglesia

Como toda ideología, el pragmatismo se infiltra en la Iglesia de forma sutil. Es una forma más del contagio del pueblo de Dios que vive en un ambiente -«la forma de ser de este siglo» (Ro. 12:2)- que acaba por moldear la vida y la conducta también de los creyentes.

Queremos destacar dos campos donde los criterios pragmáticos están influyendo en la vida cristiana: la **evangelización** y la **eclesiología**. Veamos algunos ejemplos. No es infrecuente medir el éxito o fracaso de una campaña evangelística ante todo por las cifras: el número de decisiones, de contactos, etc. Este énfasis puede llevar a situaciones casi grotescas; así leía en un reportaje que «en las campañas de estos años tuvimos 33,3 conversiones» (cita textual). Las cifras tienen su lugar y no queremos menospreciar su importancia. Pero no es bíblico evaluar el éxito en la evangelización en términos *primeramente* de resultados contables. La fidelidad al mensaje evangélico, el valor del testimonio colectivo, el impacto espiritual sobre personas anónimas (que no tomaron una decisión o no dieron sus nombres), la bendición sobre los creyentes que participaron en la evangelización son sólo algunos de los parámetros que ninguna estadística puede medir. Forman parte de realidades espirituales mucho más profundas que escapan a las herramientas precisas, pero muy superficiales, del pragmático.

Otro ejemplo lo encontramos en *el contenido del mensaje*. No se puede presentar el Evangelio primariamente como un manual de auto-ayuda, algo que funciona y va bien. «Prueba a Cristo y verás lo bien que te va». Este énfasis, aunque de buena fe, refleja lo negativo de la influencia pragmática y pone el Evangelio al mismo nivel que cualquier otra filosofía de vida, sea religiosa o no. Con esta presentación estamos poniendo el énfasis en la utilidad del Evangelio y caemos, por tanto, en una *evangelización utilitarista*. Por supuesto que el mensaje de Cristo contiene poderosos elementos de ayuda y su poder para aliviar nuestras cargas es maravilloso. Jesús mismo dijo: «Venid a mi todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar» (Mt. 11:28). Dios puede cambiar las miserias morales y emocionales de existencias arruinadas en «vida abundante» (Jn. 10:10). Cristo transforma vidas, pero ésta no es la razón única, ni siquiera la *primera*, para aceptar a Cristo. La razón primera es que Jesús es «el camino, la verdad y la vida» (Jn. 14:6) y «no hay otro nombre debajo del Cielo en el que podamos ser salvos» (Hch. 4:12). El Evangelio no es la Verdad porque *funciona*, sino que *funciona* porque es la Verdad.

La influencia del pragmatismo sobre la eclesiología se percibe también en su énfasis en el crecimiento numérico de una iglesia local. ¡Benditas sean las iglesias grandes! ¡Quisiéramos tener muchas en nuestro país! Grande fue la iglesia de Jerusalén y nos ha quedado como modelo en muchos aspectos. Pero el éxito de una iglesia local no se

puede medir, primeramente, por su crecimiento numérico. *La meta de una iglesia no es crecer con muchos miembros, sino que todos los miembros crezcan a la imagen de Cristo.* Un énfasis prioritario en los números puede desvirtuar la importancia bíblica de la madurez espiritual y la santidad que son aspectos a cultivar no sólo de manera individual, sino también comunitaria. Dicho esto, una iglesia que no crece en absoluto en número debe examinarse porque algo falla en su vida.

Las consecuencias del pragmatismo

Toda filosofía tiene unas consecuencias prácticas. Como hemos visto a través de los ejemplos anteriores, el pragmatismo afecta nuestra vida diaria. Un sistema que fomenta el egoísmo, que obedece a patrones hedonistas y que es profundamente materialista tendrá una influencia nefasta sobre la convivencia. No estamos ante una teoría inocua, sino ante una peligrosa amenaza para el sensible tejido social que son nuestras relaciones diarias.

Los resultados del pragmatismo los podremos valorar mejor en aquellos países donde esta ideología ha calado más hondo y España está entre ellos. Me gustaría mencionar sucintamente algunas de estas consecuencias:

La crisis de la familia

La menciono en primer lugar por su elevada incidencia y sus consecuencias dramáticas para los más inocentes, los niños. Dos datos nos ilustran la gravedad de la situación: casi el 50% de los matrimonios en Estados Unidos termina en divorcio. En España las cifras no son tan altas, pero el aumento es uno de los mayores de la Comunidad Europea. Quizás ésta sea la razón por la que en 1997 varios diputados laboristas en Inglaterra intentaron presentar un proyecto de ley muy singular y revolucionario: querían incluir una fecha de caducidad en el contrato del matrimonio. El plazo de validez era de 10 años, de tal manera que, pasado este tiempo, el contrato expiraba automáticamente y había que renovarlo... ¡como si fuera el carnet de conducir! Parece casi de ciencia ficción. El proyecto no prosperó pero queda como ejemplo del descalabro que una filosofía egoísta y hedonista puede provocar en una de las relaciones personales más básicas, el matrimonio.

La violencia

Un segundo resultado del pragmatismo es la violencia. Los países de Occidente son cada vez más violentos. Ello no es patrimonio de una minoría de delincuentes o marginados; abarca a los sectores más normales de la sociedad. El vandalismo en los institutos de enseñanza secundaria se ha convertido en un problema endémico en la vecina Francia. Tan frecuentes eran las agresiones graves a maestros y entre alumnos que se ha ordenado la presencia policial permanente dentro de los centros escolares. Así algunas escuelas se han convertido poco menos que en fortalezas para evitar la violencia de los adolescentes.

En EE.UU., país pragmático por excelencia, algo más de un millón de personas viven en la cárcel. La población reclusa en este país es la más alta del mundo. ¿Será casualidad?

La lista de consecuencias negativas de un mundo donde prima el pragmatismo podría

ser muy larga. Mencionaré unos pocos ejemplos más: el sentimiento de frustración, de vacío, reflejado en los rostros de la gente por la calle y sobre todo en la alta tasa de trastornos de ansiedad y depresión. El suicidio se ha convertido en la causa número uno de muerte en Cataluña entre las personas de 18 a 45 años (estadística de septiembre de 2010). Y qué diremos del drama de la soledad, en especial de las personas mayores, tal como se evidencia de forma descarnada en Francia en el verano de 2003 cuando numerosos ancianos fueron hallados muertos en sus domicilios, totalmente solos, a causa de una fuerte ola de calor. Nadie había reclamado su cadáver. ¡Impresionante! Uno puede morir y pasan meses sin que ningún familiar lo haya notado.

Este concepto utilitarista de la vida -*servirse de los demás en vez de servir a los demás*- se palpa muy bien en el eco favorable que la eutanasia encuentra en buena parte de la opinión pública. En Holanda, país donde la eutanasia está legalizada, muchos pacientes mayores de 65 años, al ingresar en un hospital, se cuelgan un letrero en el pecho con una frase muy significativa: «por favor, no me maten». Para el hombre pragmático de hoy los ancianos son un estorbo, sobran y además resultan caros para el sistema sanitario y para la sociedad. Sólo esta mentalidad egoísta y materialista explica que un político -el ex gobernador de Colorado Bernard Lamm- dijera en un acto público hace unos pocos años: «lo que tienen que hacer los viejos es quitarse de en medio».

En la medida en la que el hombre se aleja de Dios, se acerca al infierno y la vida hoy es un infierno para mucha gente en los países más avanzados. Ello nos lleva de forma natural a considerar el último punto del tema.

La alternativa cristiana

Hemos visto cómo el pragmatismo, llevado a sus últimas consecuencias, deshumaniza y arruina vidas. ¿Cómo responder a sus retos? ¿Tiene el Evangelio valores y principios para contrarrestar esta ideología? Y sobre todo, ¿tiene algo que ofrecer para aliviar la sequía emocional y el vacío espiritual de tantas personas sumidas en el desierto de una existencia absurda?

Frente a las prioridades de la persona pragmática («yo primero», «sólo importan el aquí y ahora», «los resultados materiales son el baremo para medir el éxito o el fracaso») **la escala de valores** que Cristo nos enseña es, en su misma esencia, lo contrario.

Dios y el prójimo son lo primero: «Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó por tentarle: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Jesús le dijo: amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente; este es primero y grande mandamiento y el segundo es semejante: amarás a tu prójimo como a tí mismo» (Mateo 22:35-39). En vez de vivir para el yo, el cristiano aspira a vivir para dos grandes «tú»: el que está a su lado, el prójimo, y el que está en los cielos, Dios.

Frente al valor prioritario del aquí y ahora el Evangelio nos abre una gran ventana al futuro y nos invita a «poner la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Col. 3:2), «en la herencia inmarcesible que tenemos guardada en los cielos» (1 P. 1:4). Ello no significa un escapismo irresponsable de nuestros deberes cívicos y sociales. En todo momento se nos exhorta a cumplir nuestra responsabilidad con el César. La ética social forma parte integral del mensaje del Evangelio. Podríamos decir que el creyente tiene los dos pies en el suelo, pero la mirada en el cielo. Un creyente que sólo tenga la mirada en

el cielo puede caer en un misticismo hueco. Pero, igualmente, la persona que tiene los dos pies en la tierra y la mirada también en la tierra, acaba siendo un pragmático, preocupado sólo por el aquí y el ahora. En sus epístolas Pablo nos remarca que la consagración a Dios se expresa de forma natural en el servicio a los hermanos y al prójimo.

El éxito o el fracaso no se miden por un criterio material, sino espiritual. Hay unos resultados no mensurables en cifras que son más importantes que los resultados materiales: el amor a Dios y al prójimo, la obediencia a la voluntad divina, la fidelidad en las relaciones, la mayordomía sabia de nuestra vida son algunos de los baremos con los que Dios va a medir la calidad de nuestra obra. Así nos lo enseña la parábola de los talentos: «Bien, buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré» (Mt. 25:21, 23). Y, en especial, las luminosas palabras de Jesús en Mateo 25 donde se nos exhorta a una vida de entrega plena al prójimo, pero por amor al Señor mismo. Este móvil último nos libera de la tiranía de los resultados inmediatos y visibles: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros... Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber... De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis» (Mt. 25:34-40).

A modo de conclusión, en el pasaje que describe al rico insensato (Lc. 12:13-21), nos impresiona el final de aquella vida gastada de forma muy similar a como lo haría el pragmático de hoy: «Necio, esta noche vienen a pedir tu alma» (Lc. 12:20). Podríamos parafrasear el texto y decir: «Has vivido como un egoísta toda tu vida, pensando sólo en ti; ahora quieres vivir como un hedonista, y te dices: regocíjate: bebe, come. Consideras lo mucho que has acumulado, los resultados de todo tu trabajo, y te sientes rico. Pero Dios te dice: Necio, esta noche vienen a pedir tu alma». ¡Cuánta similitud entre el rico necio y el hombre pragmático de hoy!

En el fondo hay sólo dos maneras de enfocar la vida, dos opciones opuestas y excluyentes: como el rico necio -un pragmático- o como Cristo.

Dr. Pablo Martínez Vila

Transformando el enojo en paz (I)

El antídoto contra el resentimiento

Humillados y ofendidos es el curioso título de una de las obras del gran escritor ruso Dostoiewsky. Refleja una de las realidades más universales del ser humano. ¿Quién no se ha sentido humillado y ofendido alguna vez? Todos hemos pasado experiencias de este tipo. ¡Las relaciones humanas pueden ser complicadas! La diferencia está en que unos son capaces de superar estas emociones de forma constructiva y saludable, mientras que otros permanecen toda su vida «humillados y ofendidos». Han transformado la ofensa inicial en resentimiento permanente. Y el resentimiento es como un veneno que poco a poco, aun de manera inconsciente, va intoxicando su mente y su espíritu hasta influir de manera decisiva en sus relaciones personales, su actitud ante la vida y su propia salud.

¿Cómo podemos evitar este proceso de envenenamiento que lleva a la amargura y la autodestrucción de no pocas personas? En los dos próximos artículos intentaremos responder a esta pregunta. Vamos a considerar, en especial, los dos grandes recursos que tenemos como cristianos a la luz del iluminador pasaje de Filipenses 4, una auténtica obra maestra sobre la salud y la paz mental y espiritual: Estos dos recursos son la meditación (control de los pensamientos) y la oración.

El enojo no siempre es malo

El enfadarse es una respuesta tan natural como, a veces, necesaria. De alguien que no se enfada nunca solemos decir que «no tiene sangre en las venas». Forma parte de las defensas que Dios mismo nos ha dado para afrontar situaciones desagradables o injustas. De hecho, la capacidad para airarse forma parte de la naturaleza divina. Dios mismo se nos presenta como un Dios de ira ante el pecado y la injusticia. También vemos a Cristo, «la imagen del Dios invisible», enojarse en momentos muy concretos de su ministerio y expresar su enfado con mucha energía. De Pablo se nos dice que «su espíritu se enardecía viendo la ciudad (*Atenas*) entregada a la idolatría» (Hch. 17:16). En realidad, la ausencia de enojo en determinados momentos puede desagradar a Dios. Hay, por tanto, una ira santa que refleja la imagen de Dios en nosotros y que, lejos de ser pecado, puede reflejar madurez y discernimiento espiritual.

Los límites del enojo: «Airaos, pero no pequéis»

Nos surge, entonces, una pregunta: ¿cuándo el enojo es malo? El apóstol Pablo nos da la clave: «airaos, pero no pequéis, no se ponga el sol sobre vuestro enojo ni deis lugar al diablo» (Ef. 4:26-27). «Airaos si hace falta», viene a decir el apóstol; pero hay una condición indispensable para que el enfado no se convierta en pecado: «no se ponga el sol sobre vuestro enojo». El problema no está en airarse, sino en *permanecer* airado. Cuando el enojo anida en el corazón de forma permanente deja de ser una *reacción natural*, para convertirse en una *actitud vital*. Deja de ser un sentimiento espontáneo y transitorio para convertirse en un estado crónico. Cuando esto sucede, el enojo pasa a resentimiento y, de ahí, con el tiempo, engendra el odio y la amargura como eslabones de una misma cadena. Son **los efectos tóxicos del enojo**. Lo que empieza siendo una reacción necesaria y positiva, acaba sumiendo a la persona en una actitud de

autodestrucción. Por ello Pablo termina este versículo con la frase «ni deis lugar al diablo».

Apagando el enojo: «Meditad en vuestro corazón y guardad silencio»

El enojo es como un fuego que necesita ser cuidadosamente controlado, de lo contrario puede causar serios problemas. Hemos visto algunos de sus «efectos tóxicos». Ya nos advierte el autor de Proverbios que «aquel que fácilmente se enoja, hará locuras» (Pr. 14:17). Es interesante observar que el texto antes considerado (Ef. 4:26) es una cita del Salmo 4:4: «En vuestro enojo no pequéis; cuando estéis en vuestras camas, meditad en vuestro corazón y guardad silencio» (*Traducción literal de la versión inglesa «New International Version»*).

El versículo original, por tanto, nos da la primera clave para atemperar el enojo: la meditación y silencio. Estos momentos de quietud interior serán como gotas de agua que refrescan la tierra ardiendo por el fuego. Será entonces cuando oiremos la voz suave del Juez justo preguntándonos como a Jonás: «¿Haces tú bien en enojarte tanto?» (Jon. 4:4), o susurrando a nuestro corazón: «No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré dice el Señor... No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal» (Ro. 12:19, 21). Estos «descubrimientos», paso a paso, irán apaciguando la intensidad de nuestra ira y serán el antídoto contra el resentimiento y el odio.

Odiar no es inevitable, es una decisión.

Hay personas especialistas en hacer «confitura de resentimiento»: guardan el enojo en su corazón hasta terminar llenos de amargura y con una visión victimista de la vida piensan que todo y todos van en contra de ellos. ¿Por qué les ocurre esto? Importa destacar que en este proceso de *intoxicación* juega un papel central la voluntad. A diferencia del enojo que surge de forma espontánea y es inevitable, el odio y el resentimiento no son inevitables sino que crecen en la medida que se los alimenta. Yo no puedo evitar enojarme, pero sí puedo evitar que este sentimiento se convierta en odio. Ello es así porque el odio, al igual que el amor, es más que una *emoción*, es una *decisión*, nace de la voluntad. Yo puedo *rehusar* odiar de la misma manera que puedo *decidir* amar. Ahí es donde empezamos a entender la demanda del Señor Jesús de amar a los enemigos. Como sentimiento natural, es imposible, pero en tanto que decisión es posible, en especial cuando contiene la capacitación sobrenatural del Espíritu Santo y no depende sólo de nuestro esfuerzo. Esta capacidad para detener el odio y transformarlo en paz interior y en pacificación es una de las características más distintivas de la ética cristiana. Su presencia es revolucionaria y transforma personas, relaciones y hasta comunidades enteras.

Un ejemplo singular lo tenemos en el líder sudafricano Nelson Mandela. Según algunos historiadores contemporáneos, el secreto de la gran influencia sobre su país se puede resumir en una sola frase: *rehusó odiar o amargarse*. Así lo describe uno de sus biógrafos: «Fue porque rehusó odiar o amargarse que pudo nacer una Sudáfrica multiracial no sobre un baño de sangre, sino en paz y democracia» ¡Qué síntesis más admirable de la vida de una persona! La injusticia y la ofensa -estuvo veintisiete años en la cárcel por razones políticas- lejos de destruirle estimularon su valentía y su esperanza.

Piensa bien y acertarás... piensa mal y te amargarás

La sabiduría popular expresada en forma de refranes suele no equivocarse. Pero en el caso del aforismo «piensa mal y acertarás» yerra por partida doble. Desde el punto de vista psicológico es un grave error porque ser un malpensado siempre lleva a una visión paranoide del mundo. Hasta tal punto es un veneno emocional que más bien deberíamos decir «piensa mal y te amargarás». Todos los expertos en salud mental están de acuerdo en este principio: uno no puede pasarse la vida desconfiando de los demás sin que ello le pase una factura muy alta en su salud física y emocional.

Y esta actitud, que es perjudicial emocionalmente, también lo es desde el punto de vista espiritual. De hecho, puede llegar a ser un pecado por cuanto la amargura apaga el Espíritu Santo. El lema del creyente debe ser «**piensa el bien y tendrás paz**». Ello nos lleva a preguntarnos: ¿cómo se consigue esto?

Plantando las semillas adecuadas: «todo lo puro, todo lo amable... en esto pensad»

En la mente humana los sentimientos están en gran parte determinados por los pensamientos. La forma de pensar es lo que nos hace sentir bien o mal, amar u odiar, resentidos o en paz. En este sentido, podríamos comparar la personalidad -el corazón- a un jardín en el que estamos constantemente plantando semillas, los pensamientos. Las semillas que yo siembre van a determinar qué plantas crecen. Si es un pensamiento de ánimo, me hará sentir bien, si es un pensamiento de hostilidad producirá resentimiento, etc. Aun sin darnos cuenta, estamos todo el tiempo enviándole al cerebro mensajes que influirán mucho en nuestro estado de ánimo, en nuestras reacciones e incluso en nuestra salud.

En la Biblia encontramos numerosos pasajes que aluden a esta realidad. En Filipenses 4 tenemos una formidable «vacuna» para evitar el odio y el resentimiento y transformarlo en paz. Es una perla inestimable que debería adornar todas nuestras relaciones. Aprender y practicar el mensaje contenido en este memorable pasaje es una ayuda inestimable cuando nos sentimos humillados y ofendidos:

«Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Fil. 4:8).

¡Cuánta tendencia tenemos los humanos a invertir esta exhortación! Si hay algo negativo, algún defecto, alguna ofensa, algún motivo de queja, algún agravio en esto pensamos y nos obsesionamos! Y así, al cultivar estos pensamientos negativos, vamos creando el caldo de cultivo idóneo para que crezcan el odio y el resentimiento. ¡Cómo cambiarían nuestras actitudes y relaciones si aplicáramos este versículo a aquellas personas que nos han ofendido! Si en vez de pensar «cuánto mal me ha hecho» logro decirme «¿qué hay de bueno en él/ella,? ¿qué puedo encontrar de noble y de justo en esta persona?», poco a poco crecerán en el jardín de mi mente las plantas que llevan al sosiego y la paz.

Es importante observar cómo las ocho cualidades de la lista tienen una clara connotación moral. Afectan no sólo mis sentimientos y emociones, sino también mi

conducta. El beneficio no es sólo psicológico para mí -relax mental, un efecto ansiolítico-, sino ético, afectará también a los demás. En la medida que yo cultive -«*pensar en*»- esta lista de virtudes, ello influirá no sólo sobre mi mente, sino también en mis reacciones y en mis relaciones.

El verbo «pensar» en el texto (*logizomai*) no significa tanto tener en mente o recordar, sino sobre todo «reflexionar, ponderar, sopesar el justo valor de algo para aplicarlo a la vida». De manera que su efecto positivo no es fugaz, como el relax que proporciona un breve rato de meditación trascendental. Va mucho más allá porque afecta a mi vida de forma profunda y duradera. Se convierte en un hábito que moldea mi conducta.

Paz para mí y en paz con los demás: «Una paz que sobrepasa todo entendimiento»

Cuando mi mente se ocupa en pensar el bien -lo bueno- ello tiene unas consecuencias en la vida diaria que se resumen en una sola: la paz. No es por casualidad que, como majestuosa puerta de entrada a todo el pasaje sobre el contentamiento, aparece esta áurea afirmación: «Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones en Cristo Jesús» (Fil. 4:7). No se trata sólo de una paz *subjetiva* -«me hace sentir bien a mí»- sino también *objetiva* -se proyecta a mis relaciones con los demás.

El apóstol Pablo destaca tres observaciones sobre esta paz:

- ◆ Su **fuentes** es Dios mismo. No emana de ningún recurso humano, sino de la relación personal con Él a través de Cristo. Hay una relación inseparable entre la paz de Dios y el Dios de paz.
- ◆ Sus **efectos** beneficiosos alcanzan a toda la personalidad. No sólo *la mente*, sino también *el corazón* (implicando las emociones y la voluntad) son guardados por esta paz.
- ◆ Su **resultado** cardinal es que nos mantiene «guardados» -cobijados- en Cristo Jesús. El verbo usado aquí es un término militar que se aplicaba a los soldados que hacían guardia para proteger -«guardar»- una determinada plaza. La paz de Dios no es tanto un sentimiento como una posición existencial. Pablo mismo describió esta posición con palabras muy hermosas: «Quién nos separará del amor de Cristo? ... Porque estoy seguro de que ninguna cosa creada podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Ro. 8:35, 38-39).

Pensar el bien -centrarse en lo bueno- y rehusar odiar es el primer gran antídoto contra el resentimiento. Es el primer paso para transformar el enojo por la ofensa en paz.

Dr. Pablo Martínez Vila

La Navidad, un cántico de salvación

Nada mejor para celebrar la Navidad con un espíritu verdaderamente cristiano que acudir al testimonio de los que vivieron de cerca el gran acontecimiento del nacimiento de Jesús. En este sentido, el himno de Zacarías (Lc. 1:67-80) es no sólo una de las profecías más hermosas del Nuevo Testamento, sino también una síntesis formidable del auténtico sentido de la Navidad. Tras recuperar su capacidad de hablar, Zacarías entona un cántico majestuoso que rezuma el gozo de la salvación que Dios trae a su pueblo.

El clímax de este *benedictus* lo encontramos en los versículos 76 a 79 donde el lenguaje se hace claramente profético y Zacarías, lleno del Espíritu Santo, enumera las grandes bendiciones que Jesús iba a traer al mundo. Cuatro grandes «regalos» introducidos por la conjunción para:

Salvación: «para dar a su pueblo conocimiento de salvación» (Lc. 1:77)

Es el primer y más importante aspecto de la Navidad. Constituye la esencia de la venida de Jesús al mundo y es el eje alrededor del cual giran las otras tres bendiciones, consecuencia de esta salvación. Para comprender el significado de la Navidad hay que entender qué significa esta salvación que Jesús iba a traer al mundo.

Posiblemente Zacarías, como buen judío, pensaba en una salvación social, patriótica, la liberación de los enemigos de su pueblo, el final de una etapa de esclavitud con los males e injusticias que ello acarreaba. Es el concepto humano de salvación que muchas personas tienen también hoy. Hacen una lectura humanista de la Navidad donde Jesús es recordado, sí, pero sólo como un ejemplo a seguir, un modelo de compromiso social; para ellos la salvación consiste en erradicar los grandes males que nos afligen: hambre, pobreza, injusticia social, etc.

Sin embargo, la salvación de Jesús era mucho más profunda que una liberación social: era una liberación personal antes que colectiva, tenía un sentido moral antes que humanista, buscaba cambiar el corazón antes que cambiar el mundo. La esencia de la encarnación de Jesús no fue mostrarnos el camino a una sociedad más justa, la manera cómo hacer de este mundo un lugar mejor para vivir. Todo esto, como veremos después, es la *consecuencia* pero no la *finalidad* de la salvación. No es posible erradicar los males de la *sociedad* si antes no eliminamos la *suciedad* de nuestro corazón. Como el Señor Jesús mismo señaló, el problema del hombre -lo que le contamina- no está en su entorno, sino dentro de su corazón (Mr. 7:18-20). El Evangelio es un poderoso mensaje de transformación social, pero solo en la medida en que antes nos transforma a cada uno de nosotros. No podemos transformar si antes no somos transformados.

Este carácter primariamente personal e íntimo de la salvación nos viene indicado por la palabra *conocimiento*. Zacarías habla de «conocimiento de salvación». Para los hebreos, *conocer* no era tanto estar informado, saber -un conocimiento puramente cognitivo o mental-, sino *experimentar*; es un conocimiento *vivencial* que requiere apropiación, hacerlo mío. Así es exactamente con el «conocimiento de salvación»: requiere conocer a Jesús de forma personal. Es un encuentro con profundas implicaciones existenciales. Va a afectar mi vida en tres aspectos que constituyen las otras grandes bendiciones de la Navidad mencionadas en el cántico.

Perdón: «para el perdón de sus pecados»

El primer paso para *conocer* -apropiarse de- la salvación está en el perdón de pecados. Difícil paso en un mundo donde todo está permitido y el concepto mismo de pecado es ridiculizado como algo obsoleto. Vivimos en una sociedad con la conciencia cada vez más cauterizada: hoy nada es pecado. Incluso conductas claramente reprobables se explican y justifican por condicionantes sociales -«el ambiente me llevó a ello»-, genéticos o psicológicos. ¡Se habla incluso del gen del adulterio o de la infidelidad! Esta racionalización del pecado no es, sin embargo, un fenómeno moderno: El pueblo de Israel ya era experto en tal conducta de tal modo que Dios tiene que advertirle: «He aquí yo entraré en juicio contigo porque dijiste: No he pecado» (Jer. 2:35)

En este ambiente de anestesia moral conviene recordar que el pecado principal del ser humano no está tanto en el mal que le causa al prójimo, sino en el bien que no le hace a Dios (glorificarle, darle gracias, reconocerle). No son nuestros *actos de ofensa* al prójimo sino nuestras *actitudes de omisión* hacia Dios lo que origina el catálogo de faltas y pecados tal como nos enseña Romanos 1:18-32. La patología moral de nuestro carácter -el egoísmo, la vanidad, el orgullo, la agresividad, la envidia, etc.- nacen de nuestro alejamiento de Dios. De ahí la necesidad de la Navidad: Jesús abre el camino para acercarse de nuevo al Padre. El perdón no conlleva sólo la remisión de una culpa, sino el restablecimiento de una relación, una relación rota que es restaurada. El mensaje del Evangelio y de la Navidad es el mensaje de la reconciliación del hijo pródigo que vuelve a la casa de su padre después de *vivir su vida*. Este reencuentro es fuente inefable de alegría y de paz.

Luz: «para que brille su luz...» (Lc. 1:78)

El conocimiento de salvación implica también experimentar -apropiarse de- la luz de Cristo. Es el tercer gran regalo de la Navidad. Con su salvación, Jesús trae no sólo liberación del pecado -el perdón- sino luz, un sentido y una perspectiva nueva ante la vida. Como diría más tarde el apóstol Pablo, «las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17). La salvación de Jesús nos abre la ventana a un paisaje distinto que nos ilumina y, a la vez, hace de nosotros «luz del mundo». ¡Gran privilegio y gran responsabilidad! En realidad, Jesús no sólo nos trae luz, sino que él mismo es la luz del mundo como tan bellamente expone Juan en el prologo de su Evangelio: «El Verbo era la luz verdadera que alumbra a todo hombre...» (Jn. 1:9)

El cántico es muy enfático al afirmar que esta luz va dirigida a los que «están sentados en tinieblas y en sombra de muerte» (Lc. 1:79). Son las tinieblas de una vida vacía, vidas rotas, hundidas en la frustración y la desesperanza, vidas golpeadas por el dolor y el sufrimiento; o vidas llenas de actividad, pero vacuas de sentido, que son como «cisternas rotas que no retienen el agua» (Jer. 2:13). La luz de Cristo es el faro potente que ilumina no sólo con su mensaje de liberación y esperanza, sino con su misma presencia a nuestro lado, el Emmanuel, el Dios encarnado que ha prometido estar con nosotros «todos los días hasta el fin del mundo» (Mt. 28:20). Es la luz que irradia «vida abundante» como prometió el Señor mismo (Jn. 10:10).

Paz: «para encaminar nuestros pies por caminos de paz» (Lc. 1:79)

La última consecuencia de la salvación es la paz. La paz es inseparable del perdón y es la consecuencia natural de una vida llena de luz. Son interdependientes como los eslabones de una cadena. Ahí tenemos todos los ingredientes que le dan a la Navidad su sentido más pleno, el que proféticamente cantó Zacarías. No se trata, en primer lugar, de la paz entre los hombres, la ausencia de guerras y conflictos, algo así como un alto el fuego universal. Ante todo es paz con Dios, la paz que proviene del perdón divino: «Justificados pues por la fe tenemos paz para con Dios» (Ro. 5:1). La restauración de la relación con el Creador lleva a la paz con uno mismo y a buscar la paz con los demás. No podemos invertir el orden: la paz en nuestras relaciones sólo será posible si estamos en paz con nosotros mismos y ello sólo es posible cuando estamos en paz con Dios.

Necesitamos recordar que la paz de Jesús -«mi paz os dejo, mi paz os doy» (Jn. 14:27)- no consiste en la ausencia de problemas sino en la capacitación divina para afrontar y superar estos problemas. Por ello Jesús les aclara a sus discípulos: «yo no os la doy como el mundo la da». Poco después les recuerda que en Cristo tenemos la victoria porque él ha vencido al mundo y ahí radica la fuente de nuestra paz más profunda: «Estas cosas os he hablado para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis aflicción, pero no temáis, yo he vencido al mundo». La paz del creyente no es la ausencia de aflicción, sino la presencia de Cristo en medio de esta aflicción.

Todas estas bendiciones -el gran regalo de la Navidad- nos llegan «por medio de la entrañables misericordias de nuestro Dios, por las cuales nos visitó un amanecer del sol desde lo alto» (Lc. 1:78). Sí, la Navidad es un grandioso cántico de salvación, la salvación que viene de conocer a Jesús de forma personal y que nos proporciona perdón, luz y paz. ¿No es éste el mejor regalo de Navidad para nuestro mundo doliente?

Dr. Pablo Martínez Vila

Libros de José M. Martínez

- Contemplando la gloria de Cristo**, Editorial CLIE y Andamio, 2004, ISBN: 84-8267-361-0
- Cristo el incomparable**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-0-0
- El libro de Génesis**, Ed. Portavoz, 1998, ISBN: 0-8254-1738-4
- Escogidos en Cristo**, Editorial CLIE, 2006, ISBN: 84-8267-473-0
- Figuras Estelares de la Biblia**, Editorial CLIE y Andamio, 2007, ISBN: 84-7228-923-0
- Fundamentos Teológicos de la Fe Cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2002, ISBN: 84-8267-244-4
- Grandes Cánticos de la Biblia**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-6-2
- Hermenéutica bíblica**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7228-833-1
- Introducción a la espiritualidad cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 1997, ISBN: 84-7645-984-X
- Job, la fe en conflicto**, Editorial CLIE, 1975, ISBN: 84-7228-211-2
- La Biblia dice...**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-054-0
- La España evangélica, ayer y hoy**, Editorial CLIE y Andamio, 1994, ISBN: 84-7645-771-5
- Ministros de Jesucristo I - Ministerio y homilética**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-329-1
- Ministros de Jesucristo II - Pastoral**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-330-5
- Por qué aún soy cristiano**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-178-4
- Salmos**, Editorial CLIE y Unión Bíblica, 1990, ISBN: 84-7645-410-4
- Salmos Escogidos**, Editorial CLIE, 1992, ISBN: 84-7645-538-0
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2000, ISBN: 84-8267-135-9
- Tu vida cristiana**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-3-1

Libros del Dr. Pablo Martínez Vila

- El Aguijón en la Carne**, Publicaciones Andamio, 2008, ISBN: 978-84-96551-71-8
- Más allá del dolor**, Publicaciones Andamio, 2006, ISBN: 84-9655101-5
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2003, ISBN: 84-8267-133-2

Folletos de José M. Martínez

- Creer o no creer, ésa es la cuestión**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- ¡Tanto sufrimiento! ¿Por qué?**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- La Biblia, mucho más que un libro**, Unión Bíblica de España